7907 Apuntes
3

FRANCISCO ACEBAL

NUNCA

COMEDIA DRAMÁTICA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12

1905

3

NUNCA

FRANCISCO ACEBAL

NUNCA

COMEDIA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE LA COMEDIA

EL 19 DE ENERO DE 1905.

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS
CALLE DE OLID, NÚM. 8

1905

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A

ENRIQUE BORRÁS

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MANOLITA, 24 años. . .	Sra. Roca.
IGNACIA, 50 ídem. . . .	» Caro.
DOÑA MARTA, 50 ídem. .	» Torres.
EUFRASIA, 22 ídem. . . .	Srta. Pérez de Vargas.
CLAUDIO, 30 ídem. . .	Sr. Borrás.
JOSÉ RAMÓN, 26 ídem. . .	» Vico.
CONDE DE ALIVA, 70 ídem.	» Balaguer.
NORBERTO, 60 ídem. . .	» Lliri.
ANTONIO, 55 ídem. . . .	» Mora.
MACARIO, 25 ídem. . . .	» Acuña.
DOCTOR.	» Sala.
CONTRAMAESTRE.	» Baylés.
LIBORIO.	» Serrano.
KIKI.	» Marchante.

La acción en Pomanes, pueblo pequeño, en una región fabril.—Derecha é izquierda las del actor.

606590

ACTO PRIMERO

Salón señoril en casa de *Norberto,* rico fabricante de Pomanes. En el fondo puerta ó puertas grandes, que dan al jardín. Terraza con balaustrada. Puertas laterales. Muebles severos, algo rancios. A la derecha, dos butacas; á la izquierda una mesa y sillas. Por el fondo, en el jardín, mucha luz. Es verano.

ESCENA PRIMERA

NORBERTO *é* IGNACIA. *Después* KIKI *y* LIBORIO.

(Ignacia *lee un periódico.* Norberto *entra.)*

NORBERTO.

Ignacia ¿viste á Pepe?

IGNACIA.

Estará en la fábrica con Claudio.

NORBERTO.

¡Pepe en la fábrica!

IGNACIA.

Desde que llegó no piensa en otra cosa, ni me habla de otra cosa: por si con vosotros tenía poco, ahora también Pepe, un Conde... El día menos pensado le ves como á nuestro hijo, con la honrada blusa del trabajo.

NORBERTO.

Pero tú, en cuarenta años, ¿no conoces su tema? A mí me dice todo lo contrario; á todo el mundo le dice lo contrario.

IGNACIA.

Los revisteros de salones acabarán por llamar á Manolita la hija del noble fabricante.

NORBERTO.

Mejor eso que no lo del elocuente general y aguerrido senador, que tú misma me leiste la otra tarde. Este Pepe. A ver si Liborio sabe: ¡Liborio! ¡Liborio! Este Liborio jamás parece.

(Kiki *se cuadra en el fondo. Es un hombre afeitado, vestido de negro, corbata blanca, limpio, pulcro, correcto; movimientos de autómata.*)

KIKI.

¿Llamaba, señor?

NORBERTO.

No á usted, Kiki; á Liborio.

KIKI.

Perdone, señor.

(Reverencia y media vuelta para irse.)

IGNACIA.

Oiga usted, Kiki.

KIKI.

Mande, señora.

IGNACIA.

¿El señor Conde, sabe usted?

KIKI.

Al momento. *(Vase.)*

NORBERTO.

Este ayuda de cámara de Pepe me desconcierta. ¡Qué hombre! Si parece que está detrás de todas las puertas.

IGNACIA.

Excelente servidor; así los quisiéramos.

NORBERTO.

Prefiero los nuestros, tan leales.

IGNACIA.

Tan patanes. Me alegraría que José Ramón trajese del extranjero uno de estos grandes ayudas de cámara.

LIBORIO. *Pachorrudo.)*

Señor...

NORBERTO.

¿Qué ocurre, Liborio?

LIBORIO.

Creo que llamaban los señores.

NORBERTO.

A buena hora. ¿Sabes tú el señor Conde?

LIBORIO.

¿Dice usted que el señor Conde?

KIKI.

El señor Conde.

CONDE.

Buenas tardes.

ESCENA II

IGNACIA, NORBERTO *y* CONDE.

CONDE. *(A Norberto.)*

¡Cómo estoy! ¡Cómo vengo!

NORBERTO.

¿Dónde te metes, hombre?

CONDE.

En la fábrica.

NORBERTO.

¿Tú?

CONDE.

No sé cómo podéis vivir, Norberto. ¡Qué ruido, qué humo, qué polvo!

NORBERTO.

Vivirías; la costumbre.

CONDE.

No me acostumbraría nunca.

NORBERTO.

Pues yo ni dormiría ya sin el *tuf-tuf-tuf* de la maquinaria.

CONDE.

No digas; si aquí no hay quien duerma. Apuesto á que tú tampoco duermes.

NORBERTO.

¡Treinta y cinco años sin dormir!

CONDE.

Pues no duermes, no duermes. Es llevarme la contraria. Buenas tardes, Ignacia. Vengo de los talleres.

IGNACIA.

¡Qué idea! Con el calor, con el humo, con el polvo...

CONDE.

El ruido molesta un poco; pero calor... humo... polvo... nada, absolutamente nada. Allí está Claudio.

IGNACIA.

No me hables de Claudio. Ver á un hijo mío convertido en obrero; ya no le falta más que la blusa.

CONDE.

Ya no le falta; la tiene puesta. Da gusto verle dirigiendo yo no sé que maniobra. Ni me hizo caso.

IGNACIA.

Hoy ni subir á almorzar con nosotros.

CONDE.

Tú eres otra exagerada. ¿No han de trabajar los hijos?

IGNACIA.

Según y cómo.

CONDE.

Pues yo, al ver á Claudio, siento ganas de ponerme una blusa, de meterme allí dentro. ¡Hermoso, hermoso!

IGNACIA.

¡Pepe, por Dios!

CONDE.

Vida varonil, vida de trabajo. ¡Hermoso!

IGNACIA.

No me digas que eso es hermoso.

CONDE.

Envidio á Claudio.

NORBERTO.

De él estábamos hablando. Iba á contarle á Ignacia nuestros proyectos...

CONDE.

¿Proyectos...?

NORBERTO.

Querido Pepe ¿de qué hablamos esta mañana?

CONDE.

No hablamos de ningún proyecto.

NORBERTO.

¿No me dijiste: los años no pasan en balde, estás muy viejo?

CONDE.

Sí; te lo dije y es verdad. Esto te acaba. Estás muy viejo. Mírame á mí, fuerte, sano... ¡Quién diría que somos contemporáneos! Yo, aunque de tu misma edad, me conservo de otro modo.

NORBERTO.

Retírate, me dijiste, deja el trabajo á tus hijos. A Claudio, que es el mayor, mi puesto, la gerencia;

á José Ramón, que vendrá hecho un técnico, la técnica: ingeniero-jefe. ¿No fué ésto?

CONDE.

No.

NORBERTO.

¡Pepe!...

CONDE.

No.

NORBERTO.

¿Que no era este el proyecto?

CONDE.

No señor; fué cosa resuelta. ¿Te atreverás á negarlo? Completamente resuelta. Tú por no jubilarte. ¡El trabajo que cuesta jubilar á estos viejos!

NORBERTO. *(A Ignacia.)*

Ya lo oyes. ¡Nuestros hijos al frente de esta casa! Te debemos dicha, fortuna; desde hoy comenzamos á deberte el porvenir de mis hijos. Trabajarán como trabajó su padre.

IGNACIA.

Eso no; á eso me opongo... Si Claudio se empeña, allá él; es terco. Pero José Ramón... ¡Ah!...

José Ramón. Encerrarle aquí... Aquí nos encerramos nosotros cuando la desgracia nos obligó á aceptar una vida de otro modo incompatible con los antecedentes de mi familia. Yo no puedo olvidar que sobre la puerta de mi casa, todo ha de decirse, también había un escudo.

CONDE.

Noble escudo. Pero vale más el que hoy luce la puerta de esta casa.

IGNACIA.

Fácil es hablar de esa manera cuando no se tienen hijos á quien condenar á fábrica perpetua.

CONDE.

Tengo una hija, habrá de casarse, y para marido...

IGNACIA.

Un fabricante.

CONDE.

Mira tú: no estaría mal; hoy nuestra aristocracia necesita hierro, mucho hierro.

IGNACIA.

Y nosotros, pobres herreros, necesitamos aristocracia, mucha aristocracia.

CONDE.

Siempre la misma; no entrarás nunca por las costumbres nuevas. El trabajo... la industria... el taller... la fábrica...

IGNACIA.

No predicaste con el ejemplo.

CONDE.

Hoy lo lamento; de haber vivido aquí como Norberto me aconsejaba, otro sería. Aquel Madrid me acaba... Estoy muy viejo. Mírale á él fuerte, sano. ¡Quien diría que somos contemporáneos! Tú, aunque de mi edad, te conservas de otro modo.

IGNACIA.

Aun es tiempo. Esta es tu casa.

CONDE.

Aquí me tenéis largas temporadas.

IGNACIA.

Sin dejarte dormir con el *tuf-tuf-tuf* de la maquinaria.

CONDE.

¡Qué exagerada! Las dos ó tres primeras noches; luego ya, como un santo.

IGNACIA.

Suerte. Yo no me acostumbro nunca.

CONDE.

No puede ser. Duermes.

IGNACIA.

Noches enteras en blanco. Me voy con Manolita. Muy buenas tardes.

CONDE.

Pues duermes, duermes. Es por llevarme la contraria. (*Vase* Ignacia.)

ESCENA III

CONDE *y* NORBERTO.

CONDE.

Ahí tienes á tu hermano, con Macario.

NORBERTO.

Dos socios.

CONDE.

Dios los cría.

NORBERTO.

Y ellos se juntan.

CONDE.

En un casino.

ESCENA IV

CONDE, NORBERTO, ANTONIO *y* MACARIO.

(Antonio *es hombre de alguna edad, parásito farfante,* Macario *joven y tonto.*)

MACARIO.

Buenas tardes, señores.

CONDE.

Cuanto gusto. Vendrán ustedes...

MACARIO.

De conversar un poco en el casino.

ANTONIO.

El señor y yo hemos trazado las líneas generales, las primeras paralelas de un negocio loco.

MACARIO. (*Al Conde.*)

Sí, señor, loco.

CONDE.

Sí, señor, loco.

ANTONIO. (*A Norberto.*)

¿Capital? Todo su capital.

MACARIO. (*Al Conde.*)

¿Experiencia? Toda su experiencia.

CONDE.

Un gran negocio. ¿Y qué va á ser ello, Antonio?

ANTONIO.

Una industria grande.

CONDE. (*A Norberto.*)

Tu hermano siempre la industria.

NORBERTO. (*Al Conde.*)

Mi hermano siempre en grande.

ANTONIO.

Cosa moderna; no como esto.

MACARIO.

Todo á la moderna.

ANTONIO.

Fuerza motriz eléctrica.

MACARIO.

Aprovechamiento del salto de agua de Peñamellera.

NORBERTO. (*A Antonio.*)

Pero hombre, si con el estiage seca.

MACARIO.

¿Seca? ¿Oye usted, Antonio?

ANTONIO.

Oigo.

MACARIO.

Pues si seca...

ANTONIO.

Que seque.

MACARIO. (*Al Conde.*

¿Ve usted qué hombre?

ANTONIO.

¿Nos vamos á parar por eso?

NORBERTO.

Vosotros no, pero la fábrica...

ANTONIO.

Tampoco. Soy hombre de ideas.

NORBERTO.

Lo que hace falta es agua.

ANTONIO.

Lo que hace falta son ideas. Yo tengo mis ideas; y tú no admites que tu hermano tenga sus ideas.

CONDE. (*A Macario.*)

¿Y puede saberse lo que piensan fabricar ustedes?

MACARIO.

Eso no lo sabemos todavía. Sólo las primeras paralelas.

ANTONIO.

No hemos descendido á esos detalles. Tengo mi idea.

MACARIO.

Un hombre de ideas. Ideas prácticas.

CONDE.

Le conozco; un idealista que practica.

ANTONIO. (*Al Conde.*)

Tengo que hablar con usted.

CONDE.

Ahora mismo. (*A Macario.*) Va á poner en práctica una idea.

ESCENA V

DICHOS, DOÑA MARTA *y* EUFRASIA.

(Doña Marta, *señora de pueblo.* Eufrasia, *su hija, poetisa que degeneró en feminista.*)

LIBORIO.

Doña Marta y su hija.

NORBERTO.

Que pase.

DOÑA MARTA.

Muy buenas, señores. Muy buenas, Conde. Muy buenas Norberto. (*A Antonio y Macario.*) ¿Ustedes buenos? ¿Y Manolita, buena?

CONDE.

Cuánto bueno por aquí.

DOÑA MARTA.

Nada. Hace tres días que han venido ustedes, y nosotras hace tres días que no podemos venir.

CONDE.

¿A dónde?

DOÑA MARTA.

A ver á Manolita; estamos faltando. ¿Qué dirá Manolita?

CONDE.

Nada. Agradecerles tanto...

DOÑA MARTA.

Por Dios. Antes hubiéramos venido.

CONDE.

Sí; á Manolita ya le extrañaba mucho que no hubieran ustedes venido antes.

DOÑA MARTA.

Fué cosa de Cristeta; ya usted sabe, una cabeza...

CONDE.

Cristeta...

DOÑA MARTA.

La viuda de Sanabria.

CONDE.

La viuda...

DOÑA MARTA.

Cristeta Peláez.

CONDE.

Ya caigo. Pero el año pasado no era viuda.

DOÑA MARTA.

Ni siquiera casada. En mes y medio recorrió los cuatro estados.

CONDE.

¿Los cuatro?

DOÑA MARTA.

Soltera, casada, separada y viuda.

CONDE.

¿Hubo separación? ¡qué disparate!

DOÑA MARTA.

Eso mismo dije yo. Solo que yo lo dije antes.

CONDE.

Perdone usted. Yo hasta ahora no lo he sabido.

DOÑA MARTA.

No es eso. Yo no lo dije al verlos separados, sino al verlos reunidos.

MACARIO. (*A Eufrasia.*)

Usted, Eufrasita, siempre trabajando.

EUFRASIA.

Poco. Aquí nos falta ambiente; esto es pequeño; no se hace feminismo. Usted, que en América habrá visto á la mujer...

MACARIO.

Mucho.

EUFRASIA.

Hoy el laboratorio de la mujer está en América.

MACARIO.

Aun así. En toda América no he visto una que á usted pueda compararse.

EUFRASIA.

¡Oh! *Que flatteur*. Gracias. ¡Ah! Yo hago lo que puedo. Estoy en correspondencia con las más eminentes feministas: ni de una sola me falta la firma en mi colección de tarjetas postales.

NORBERTO.

Aquí tienen ustedes á Manolita.

ESCENA VI

LOS MISMOS *y* MANOLITA.

(Vestida de blanco; con un brazado de flores, sombrilla roja: muy alegre).

MANOLITA.

Señores...

DOÑA MARTA.

Encantadora.

MANOLITA.

¡Viva la vida!

DOÑA MARTA. *(Al Conde.)*

Encantadora.

CONDE.

¿De dónde vienes?

MONOLITA.

Del monte. Subí hasta Peñamellera.

NORBERTO.

¿Con este sol, criatura?

MANOLITA.

No. Con este. *(Por su cara.)*

CONDE. *(A Norberto.)*

Así, así. Ríñela tú, ríñela tú. Yo no sé reñir.

DOÑA MARTA.

Encantadora. *(A Macario.)* Qué descarada.

MANOLITA.

Yo viviría en un monte. Sol, aire, libertad. Papaíto ¡viva la libertad!

DOÑA MARTA.

Encantadora.

EUFRASIA. *(A Macario.)*

Qué escándalo.

CONDE.

Esta hija mía...

DOÑA MARTA.

Déjela usted. Viene de ese Madrid, sin libertad para nada; ni cruzar sola de acera á acera.

EUFRASIA. *(A Manolita.)*

Antes hubiera venido. Mamá no me dejó venir sola. Ridiculeces, antiguallas. Tú en Madrid andarás sola.

MANOLITA.

Con la *Miss;* es lo mismo.

EUFRASIA.

Tú ¿vas con ella?

MANOLITA.

No. Ella conmigo; que es diferente. Papá me deja hacer todo lo que quiero.

EUFRASIA.

¡Ideal feminista!

MANOLITA.

¿Feminista?

EUFRASIA.

Libertarnos de la esclavitud del hogar... Vivir, correr...

DOÑA MARTA.

Hija mía, no escandalices á estos señores.

MANOLITA.

¿Correr? Mañana vendrás conmigo; subiremos hasta la cumbre más alta. Ideal feminista.

EUFRASIA.

No por Dios; puede haber fieras dañinas.

ESCENA VII

LOS MISMOS é IGNACIA.

IGNACIA.

No sabía que estuvieran... (A *Manolita.*) ¿Por dónde andabas, loquilla?

CONDE.

Ríñela, ríñela tú. Yo no sé reñir.

IGNACIA.

Te han traído la jaca. *Alí.* Liborio me lo ha dicho.

MANOLITA.

¡Alí, Alí! Papaíto, ahora mismo, ahora mismo á verla.

CONDE.

Repara; tienes visita.

MANOLITA.

Que vengan también.

CONDE.

¿A la cuadra? Como tú quieras, hija.

DOÑA MARTA. (*A Norberto.*)

¿Y Claudio?

NORBERTO.

Siempre en la fábrica.

DOÑA MARTA.

¡Qué hijo! Mi difunto siempre lo decía; yo á Eufrasia siempre se lo digo.

MANOLITA.

Vamos papá; Eufrasita viene con nosotros.

EUFRASIA.

Mamá, si usted me permite...

(Eufrasia *vase al lado de* Macario.)

DOÑA MARTA.

Mucho cuidado. Tengo miedo. No te acerques.

EUFRASIA.

¿Viene usted, Macario?

DOÑA MARTA

Que no te acerques.

EUFRASIA.

Mamá, si no hace nada.

DOÑA MARTA.

No te fíes.

MANOLITA.

Vamos; en marcha.

MACARIO.

Eufrasita, yo con usted, á cualquier parte.
(*Vanse* Manolita, Conde, Ignacia, Norberto. Eufrasia *y* Macario.)

ESCENA VIII

DOÑA MARTA *y* ANTONIO.

DOÑA MARTA.

Y José Ramón, ¿llega pronto?

ANTONIO.

De un día á otro le esperamos.

DOÑA MARTA

Este José Ramón. ¡Qué hijo les dió el cielo! Mi difunto siempre lo decía; yo á Eufrasita siempre se lo digo.

ANTONIO

¿Qué le dice usted?

DOÑA MARTA

Que hombres así son los que hacen falta.

ANTONIO

¿A quién?

ESCENA IX

DICHOS y CLAUDIO.

(Claudio *vestirá blusa larga y sucia, bastante sucia.*)

CLAUDIO.

¿Dónde está mi madre? ¿saben ustedes?

DOÑA MARTA.

Salió un instante.

CLAUDIO.

Tío Antonio..., de José Ramón. (*Enseñándole un telegrama.*) Y llega de un momento á otro.

ANTONIO.

Ahora verás tú lo que es un hombre educado en el extranjero. De mí no hicisteis caso.

CLAUDIO.

¡Por Dios, tío Antonio! ¿Dónde está mi madre?

ANTONIO.

Porque yo tengo mis ideas.

CLAUDIO.

Voy á buscarla. (*Vase.*)

ANTONIO. (*Acercándose á doña Marta.*)

Verá usted el hombrecito que se nos entra por las puertas.

DOÑA MARTA.

¿Cree usted?

ANTONIO.

¡Oh!

DOÑA MARTA.

¿Y éste?

ANTONIO.

Una bestia de trabajo.

DOÑA MARTA.

Eso decía mi difunto; eso le digo yo á Eufrasia.

ESCENA X

DICHOS, CLAUDIO *é* IGNACIA.

IGNACIA. (*Con gran alegría.*)

Sabréis ya...

DOÑA MARTA.

Mi enhorabuena.

IGNACIA.

Gracias.

DOÑA MARTA.

Tu mimito; el Benjamín de la casa. Vendrá hecho un hombre. Aquel aire tan distinguido. Es lo que mi difunto me decía; es lo que yo le digo á Eufrasia.

CLAUDIO. (*A Antonio.*)

Basta; ni á ti ni á nadie consiento hablar de la fábrica en ese tono.

ANTONIO.

¡Hombre! Ni que fuese cosa de la familia.

CLAUDIO.

Sí; es cosa de la familia.

ANTONIO.

¿De la del Conde?

ESCENA XI

DICHOS *y* NORBERTO. *Después sucesivamente,* MACARIO, MANOLITA, EUFRASIA *y el* CONDE.

NORBERTO.

¡Ese telegrama!

EUFRASIA. *(A su madre.)*

Mamá, vengo enamorada.

DOÑA MARTA.

¡Hija mía!

ANTONIO. *(A doña Marta.)*

Vienen todas lo mismo.

DOÑA MARTA. *(Al Conde.)*

¡Qué sinvergüenza!

CONDE.

¿Quién? ¿Macario?

MANOLITA.

Un animal precioso. Claudio, quiero que vengas conmigo á verlo.

DOÑA MARTA. (*A Macario.*)

¡Qué sinvergüenza!

MACARIO.

¿Quién? ¿Claudio?

MANOLITA. (*A Claudio.*)

Bueno; ya estás riñendo. ¿Hago mal en esto?

CLAUDIO.

Para mí no, Manolita; pero estás entre gentes que murmuran, que comentan la alegría de tus pocos años.

MANOLITA.

¡Ah! ¿Los temes? ¡Vea usted el hombre fuerte Óyelos como yo: un ruido más de esa maquinaria.

(Eufrasia *habla con* Macario.)

DOÑA MARTA. (*A Antonio.*)

Va usted á emparentar con lo más aristocrático de Madrid.

ANTONIO.

Y usted con lo de Pomanes.

NORBERTO.

Les digo á ustedes que José Ramón ha salido ayer, y que debe estar llegando. Mira.

MANOLITA.

¡José Ramón!

IGNACIA.

Sí, hija mía. Al fin vamos á abrazarle.

MANOLITA.

Eso... Abrazarle... Al despedirnos, sí, nos abrazamos...; pero ahora, ya... cinco años...

CONDE. (*A Norberto.*)

Nada, no llega esta tarde; el telegrama es de hoy mismo á las diez de la mañana. Tú sostienes otra cosa por llevarme la contraria.

NORBERTO.

Pero hombre ¿esta fecha?

CONDE.

Está equivocada.

NORBERTO.

Corriente; pues José Ramón, equivocado, llega esta tarde. Por llevarte la contraria.

CONDE.

Ignacia ¿qué dice aquí?

IGNACIA.

Es de hoy diez. Tienes razón. Llega mañana.

CONDE.

No, mujer; esa es la hora. ¡Qué torpeza! Claudio..., vamos á ver...

(*Dándole el telegrama.*)

CLAUDIO.

Salgo tren-exprés. Está claro.

NORBERTO.

El exprés no pasa mañana.

CONDE. (*A Ignacia.*)

¿Lo ves tú, mujer, cómo llega esta tarde?

NORBERTO.

Y ya es tiempo. Mandaremos que enganchen.

CONDE.

¡Kiki! El coche al momento.

KIKI.

Señor, ¿cuál enganchan?

IGNACIA.

El familiar.

CONDE.

Mujer, no; el familiar es muy pesado. Llegaríamos tarde. Mejor la carretela.

NORBERTO.

Tiene razón Pepe; con la carretela llegamos antes.

CONDE.

Hombre, no; es muy pequeña; no cabe equipaje. El familiar.

NORBERTO. (*A Kiki.*)

Con tres mulas.

CONDE.

¿Con tres? (*A Kiki.*) Con cuatro.

(*Vase* Kiki.)

CONDE.

¿Lo ves hija mía? Veremos si con José Ramón me entiendo.

MANOLITA.

Papá, si es que tú...

CONDE.

¿Crees que yo?... Como tú quieras, hija mía.

NORBERTO.

¿Quién viene á la estación con nosotros?

IGNACIA.

Yo me quedo. Voy á disponerlo todo. (*A Claudio.*) ¿Y tú?

CLAUDIO.

Imposible; no puedo alejarme de la fábrica.

IGNACIA.

¿Oyes, Norberto?

NORBERTO.

Mira que tu hermano...

CLAUDIO.

Estamos montando una máquina, mamá; me necesitan á cada momento.

CONDE. (*A Ignacia.*)

¿Qué ocurre?

IGNACIA.

Que este hijo...

CONDE.

Ignacia..., un hombre, un hombre. (*A Norberto.*) ¿No va Claudio?

NORBERTO.

Ese montaje; ya sabes; y este hijo mío...

CONDE.

Norberto..., un chiquillo, un chiquillo.

DOÑA MARTA.

Manolita...

MANOLITA.

¿Se marchan ustedes?

DOÑA MARTA.

Haremos una visita, y volveremos á saludar al viajero.

CONDE.

Pues en marcha, señores, que es tarde.
(*Salen todos con mucha animación menos* Manolita *y* Claudio.)

ESCENA XII

CLAUDIO *y* MANOLITA.

CLAUDIO.

¿No vas á recibir á José Ramón?

MANOLITA.

No; no voy á recibir á José Ramón. ¿Y tú tampoco?

CLAUDIO.

Tengo que hacer en los talleres. Tú debes ir, Manolita.

MANOLITA.

¿A dónde? ¿A los talleres?

CLAUDIO.

¿Por qué no vas á recibir á José Ramón?

MANOLITA.

Porque se ha portado mal..., muy mal conmigo; porque al marchar le despedí entre mis brazos..., y ahora no quiero, ahora no merece que le reciban mis brazos. Por eso no voy; ya lo sabes.

ESCENA XIII

DICHOS *y el* CONDE.

CONDE. (*Que entra precipitadamente.*)

Hija..., ¿no vienes? Te están esperando.

MANOLITA.

Papá... (*Duda.*) ...No; no voy. Es tarde; tendría que vestirme; no estoy presentable. ¡Un hombre como José Ramón! ¿Te parece á ti que puedo ir de este modo? Nada, nada, papaíto, que me quedo aquí con Claudio.

CONDE.

~~Nada, nada~~..., ~~lo que tú quieras, hija~~.

~~(Vase el Conde.)~~

MANOLITA.

Eso quisiera él... Al bajar del vagón encontrarse conmigo. No señor; tu hermanito ya no juega conmigo... Pasaron cinco años... Basta, basta de juego.

CONDE. (*Presentándose de nuevo.*)

Mira hija... Claudio tiene que hacer en la fábrica. Ven á la estación con nosotros.

MANOLITA. (*A Claudio.*)

Vete; yo no te estorbo. Si tú en la fábrica tienes que hacer, yo en la estación no tengo que hacer absolutamente nada.

CONDE.

Bueno. Lo que tú quieras, hija.

(*Vase el* Conde.)

ESCENA XIV

Claudio y Manolita

(Claudio, *sentado á la derecha, saca del bolsillo cartera y lápiz y comienza á hacer apuntes.* Manolita *á la izquierda, de espaldas á* Claudio, *arregla las flores que al entrar dejó sobre la mesa.*)

CLAUDIO.

Eres rencorosa, eres vengativa.

MANOLITA.

¿Sales á la defensa de tu hermanito?

CLAUDIO.

José Ramón te quiere, te quiso siempre.

MANOLITA.

Señor embajador: no puedo dar respuesta á esa embajada.

CLAUDIO.

No era necesaria.

MANOLITA.

¿La respuesta?

CLAUDIO.

La embajada.

MANOLITA.

Es verdad; en asuntos de amor José Ramón no necesita intermediarios; él se declara frente á frente. Me declaró su amor tantas veces... La primera vez tenía trece años; yo once; le dí calabazas... fué llorando á mamá: á la mía. Al año siguiente, declaración segunda; segundas calabazas: fué llorando á mamá: á la suya. Yo ya no la tenía... Y siempre así: jarabe de pico. Por carta nunca, nunca; desde que marchó ninguna. Ni escribirme siquiera. ¡Claro está! Por ese mundo... con esas alemanas, con esas inglesas... ¡Claudio! ¿Qué haces?

CLAUDIO.

Te oigo; sigue.

MANOLITA.

Seguir... dando al aire quejas. ¡Qué sabes tú de estas cosas!

(*Acercándose lenta y silenciosamente por detrás de* Claudio, *con un manojo de flores, lee lo que* Claudio *escribe.*)

Fuerzas que actúan: $A + B = N$; total de resistencias: $C + D = H^2$... ¡Fuerzas que actúan!... ¡Total de resistencias! ¡Huele, hombre, huele!

CLAUDIO. (*Levantándose.*)

¡Loca!.

MANOLITA. (*Con gravedad.*)

Fuerzas que actúan... Total de resistencias.

CLAUDIO.

Siempre niña.

MANOLITA.

Y tu siempre viejo.

CLAUDIO.

¡Manolita!

MANOLITA.

Déjame serlo; quiero serlo. ¿El ser niño es malo? Y yo ¿soy mala?

CLAUDIO.

¿Tú?... ¡Ah!

MANOLITA.

Pues entonces... ¿Quieres verme seria como tú? ¿grave como tú? Yo quiero juventud, yo quiero alegría... ¿Qué entiendes tú de estas cosas? Tú la fábrica, las máquinas.

CLAUDIO.

Es verdad; yo mismo pareceré una máquina, una rueda que gira siempre y siempre de la misma manera, insensible á todo, indiferente á todos.

MANOLITA.

Porque tú lo quieres; y lo quisiste. Cariños no te faltan; eres tú, Claudio, convéncete que eres tu mismo el que ha llegado á creer incompatibles los dos amores más grandes de la vida: el trabajo y la familia.

CLAUDIO.

La familia, los afectos, me enseñaron el amor al trabajo; entregar toda mi vida á esta obra, es amar con toda el alma á mis padres. ¿Qué más puede hacerse? ¿Qué más queréis que haga?

MANOLITA.

Sí, señor, mucho más. ¡No faltaba otra cosa! Con tus palabritas no nos engañas; ni tu mismo te engañas, porque tu mismo sientes árida y seca la vida. Un hombre como tú debe casarse, crear una familia. Claudio: cásate, cásate.

CLAUDIO.

¡El tema eterno! Eres un hombre para la familia; tú harás feliz una familia: cásate, cásate. Perfectamente. Vamos á ver ¿con quién... con quién me caso?

MANOLITA.

¡Miren ahora por donde sale! El registro de todos los solterones egoistas; á mi nadie me quiere, yo

no tengo con quien casarme. Las solteronas dicen todo lo contrario: á ellas, con quien nunca les falta. La dos mentiras más grandes y más desacreditadas.

CLAUDIO.

Manolita, tú que me conoces, tú que desde niña pasas en esta casa largas temporadas, viéndome á tu lado, en trato de familia, como de hermano á hermano ¿no reparaste que este roce del hierro, que esta vida de fabricante con su aspereza nos hace ásperos? Mira las manos: pues así todo. ¡Así el alma! Dura, áspera.

MANOLITA.

Eso sí; un poco áspera. Por lo mismo te hace mucha falta algo que la lime; cariños que la ablanden. Afectos íntimos, ternuras suaves, las grandes limas, Claudio, las poderosas limas del corazón humano.

CLAUDIO.

Desconfío.

MANOLITA.

¿De quién?

CLAUDIO.

De mí mismo.

MANOLITA.

¿Tan endurecido te sientes? ¡Claudio, Claudio! Me das lástima. Porque todos te queremos, á todos nos das lástima. Hombre, sal de esta casa, sal de esta fábrica, deja un poco esta vida. ¿No ves á tu hermano? Ven con nosotros; en Madrid te busco novia. Te presentamos al mundo. ¡Un hombre como tú! ¡En Madrid! Chico, á los quince días estás de moda, haces sensación; vamos, acepta.

CLAUDIO.

No acepto.

MANOLITA.

¿Temes?...

CLAUDIO.

No hallar lo que ambiciono.

MANOLITA.

Tú querrás pasiones fuertes, otro horno como esos hornos. Un gran cariño.

CLAUDIO.

Y un gran sacrificio.

MANOLITA.

¿El de quererte?

CLAUDIO.

El de seguirme; el de seguir mi vida; esta; para mí no hay otra. Mi padre lo hizo por nosotros, por sus hijos, y yo he jurado á mi padre seguir su ejemplo, trabajar con mis propias manos la obra de su vida. No me basta querer ni ser querido; puedo hallar el afecto; no hallaré el sacrificio. Con esta condición búscame novia; y cuando la halles me avisas; y si me gusta me caso; y... no hablemos más de esto. Adiós; me estarán esperando; hago falta en la fábrica.

MANOLITA.

Adiós terco.

CLAUDIO.

Adiós casamentera.

MANOLITA.

Con poca suerte.

CLAUDIO.

Está en tus manos el éxito.

MANOLITA.

Fía en mí. Yo, te caso. ¡Vaya si te caso!

CLAUDIO.

En ti todo. (*Vase* Claudio.)

ESCENA XV

MANOLITA é IGNACIA.

IGNACIA.

¿Qué hacías con esas flores?

MANOLITA.

Nada... ya ve usted...

IGNACIA.

Me lo figuro. Uno de esos ramos tuyos para que al llegar José Ramón lo halle en su cuarto.

MANOLITA.

No; no, no era eso. No señora.

IGNACIA.

Tontuela; no me lo ocultes. ¿Te avergüenzas conmigo de quererle?

MANOLITA.

Eso sí; quererle sí. Los quiero mucho á todos ustedes.

IGNACIA.

A todos.

MANOLITA.

A todos. Esta casa misma que me parece mi casa, que todos los días, allá en Madrid, he de recordarla; todos los días me parece verla..... estas paredes, ese jardín, mueble por mueble, silla por silla, hasta ese *tuf-tuf-tuf* de la maquinaria, me parece oirlo. Mire usted; muchas veces en el teatro, en el paseo, cierro los ojos, y lo que oigo no es rodar de coches ni armonía de orquesta, es la maquinaria.

IGNACIA.

Quita por Dios; no sé cómo te gusta.

MANOLITA.

Donde se pasaron los días más dichosos de la vida... donde se ha sufrido el dolor más grande...

IGNACIA.

Es verdad; tu madre... ahí mismo...

MANOLITA.

Pues ya lo vé usted; oigo ese ruido como si oyera correr un arroyo, como si oyera correr mi vida.

(*Se oye, lejano, ruido de coche.*)

IGNACIA.

Ya está ahí José Ramón.

(Vase hacia el fondo.)

MANOLITA.

¡José Ramón! Ya está ahí. Sigue corriendo mi vida.

ESCENA XVI

DICHOS. JOSÉ RAMÓN, NORBERTO, CONDE, MACARIO *y* ANTONIO

(José Ramón *vestirá de viaje, con refinada elegancia y á la manera inglesa. Entran todos con animación y alegría.*)

IGNACIA (*En el fondo abrazando á José Ramón.*)

¡Hijo mío!

JOSÉ RAMÓN

¡Manolita!

MANOLITA

¡José Ramón! (*Se abrazan.*)

ANTONIO

Aquí le teneis. ¡Un hombre!

MACARIO

¡Un hombre!

CONDE. (*A Norberto.*)

Nada; te digo que yo le encuentro lo mismo, completamente lo mismo.

NORBERTO.

Pero Pepe ¿Cómo ha de estar lo mismo que hace cinco años? ¿A tí te parece que cinco años pasan en balde?

CONDE.

Lo mismo.

NORBERTO.

Si cuando marchó no tenía bigote.

CONDE.

Bueno; yo no te niego que algo le creció el bigote, pero lo mismo, completamente lo mismo.

NORBERTO.

Si está hecho un hombre.

JOSÉ RAMÓN.

Esta casa... me parece no haber salido de ella. Todo lo mismo.

NORBERTO.

Sí; todo, todo. Yo no quiero variar nada. Me parece que los muebles son algo íntimo en la familia.

JOSÉ RAMÓN.

Sin embargo... es preciso renovarlos; también las familas se renuevan. Francamente, papá, ya estas sillas... tendrán cien años.

NORBERTO.

Por eso las quiero.

JOSÉ RAMÓN.

No es un mérito.

NORBERTO.

Naturalmente, es poco tiempo para ostentarlas como antiguas; es mucho para lucirlas por modernas. Cien años para un mueble es un término medio vergonzoso.

JOSÉ RAMÓN.

Todo envejece. (*A Manolita.*) Solo tú, Manolita, más joven, más guapa.

MANOLITA.

Calla hombre. Mira que esas flores son más viejas que los muebles.

CONDE. (*A Ignacia.*)

Nada; que es otro hombre. Con esa cara, con esos bigotes.

IGNACIA.

¿Qué quieres? A mí me parece que no pasaron días.

CONDE.

Pero Ignacia, si pasaron cinco años. ¿A ti te parece que cinco años pasan en balde?

JOSÉ RAMÓN.

¿Y Claudio? ¿Donde está mi hermano?

IGNACIA.

Tienes razón.

NORBERTO.

Voy á llamarle

(*Vase* Norberto. *Salen* Doña Marta *y* Eufrasia.)

ESCENA XVII

DICHOS *menos* NORBERTO. DOÑA MARTA *y* EUFRASIA. *Después* CLAUDIO.

DOÑA MARTA.

Ya está aquí. ¡Hijo mío! (*A Ignacia.*) ¡Qué guapo!

EUFRASIA. (*A José Ramón.*)

Y usted vendrá tan enterado del movimiento feminista en Inglaterra.

JOSÉ RAMÓN.

¿Yo?

EUFRASIA. (*A Manolita.*)

¡Oh! Lo niega por modestia.

JOSÉ RAMÓN. (*Al Conde.*)

Pero dígame usted, esta muchacha, ¿no era antes poetisa?

CONDE.

Hijo mío; en los cinco años que llevas fuera de tu patria ha cambiado mucho eso. Todas las mujeres que antes eran poetisas ¿qué dirás que son

ahora? Feministas. Te confieso que eran más divertidos los versos; y más inocentes.

JOSÉ RAMÓN.

¡Ah! mamá, se me olvidaba. Este talón. Es del automovil; ya debe haber llegado.

MACARIO.

Será como el mío.

JOSÉ RAMÓN.

Yo no sé como es el de usted.

MACARIO.

Mercedes; último modelo.

JOSÉ RAMÓN.

No; *Panard;* nada: un 24 caballos. (*A Manolita.*) Vendrás conmigo. Volaremos.

(*Entra* Claudio, *descompuesto, demudado, sucio; actitud dramática. Sorpresa de todos.*)

IGNACIA.

Claudio ¿qué es eso?

CLAUDIO.

Una desgracia en la fábrica. ¿Dónde está mi padre?

IGNACIA.

Fué á buscarte.

CLAUDIO.

Ha sido horrible; un hombre joven; las dos piernas. Madre, vete tú.

MANOLITA.

¡Ah! Quiero ir también.

CLAUDIO.

Sí, Manolita.

EUFRASIA. (*A su madre.*)

Vámonos á casa; no puedo ver estas cosas.

CLAUDIO.

Tío Antonio: usted corriendo al médico.

ANTONIO.

En nuestra fábrica no ocurrirá esto.

(*Vase* Antonio.)

IGNACIA. (*A Claudio.*)

¡Tu hermano!

CLAUDIO.

¡José Ramón! ¡José Ramón!

JOSÉ RAMÓN.

Cludio... ¡cómo vienes!

CLAUDIO.

Es verdad; (*Abrazándose.*) como te abrazo después de cinco años. ¡Qué horrible! Vamos, vamos corriendo.

IGNACIA. (*A doña Marta.*)

Ustedes perdonen.

DOÑA MARTA.

No, si nos vamos.

CLAUDIO. (*Cerca ya de la puerta.*)

¡José Ramón!

MACARIO. (*A José Ramón.*)

Este Claudio... Francamente, no vale la pena, un poco de sangre plebeya.

(*Vanse todos menos* José Ramón. *Unos por la lateral á la fábrica. Otros por el fondo.*)

ESCENA XVIII

JOSÉ RAMÓN.

(Saca un cigarrillo, enciende una cerilla.)

Bonita entrada.

(Enciende el cigarrillo y tirando la cerilla.)

Pues señor.... bonita entrada.

TELÓN

Que lástima, no aportados.

ACTO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ANTERIOR

ESCENA PRIMERA

(Al comenzar el acto se hallan en escena Liborio *y* Kiki *disponiendo servicio de café. Salen* Ignacia *y* José Ramón *por la derecha.)*

IGNACIA *y* JOSÉ RAMÓN.

IGNACIA.

Inaguantables; me marean; siempre hablando de negocios.

JOSÉ RAMÓN.

Ni á la hora de comer le dejan á uno que descanse.

IGNACIA.

La fábrica...

JOSÉ RAMÓN.

Los mercados.

IGNACIA.

Las primeras materias. ¡Qué peste!

JOSÉ RAMON.

Y contagiosa.

IGNACIA.

¿Quién se contagió? ¿Tu tío?...

JOSÉ RAMÓN.

Manolita, ¿No le oiste?

IGNACIA.

Mentira parece; una futura condesa de Aliva. No era así su madre.

JOSÉ RAMÓN.

Ni su padre.

IGNACIA.

Otro contagiado.

JOSÉ RAMÓN.

No lo creas. Es de los nuestros.

IGNACIA.

Pues hijo, este año me trae loca.

JOSÉ RAMÓN.

Ya sabes que ahora hacen buenas migas industria y nobleza.

IGNACIA.

No me digas; un conde hablando de toneladas de carbón.

JOSÉ RAMÓN.

¡Qué quieres! La moda inglesa.

IGNACIA.

Pero hijo, ¿tú viste que en Inglaterra?...

JOSÉ RAMÓN.

Yo te soy franco, mamá. En Inglaterra he visto muchas cosas. Aquellos hombres es admirable cómo trabajan, pero es más admirable todavía cómo se divierten. *Croker*, *football, lawn-tennis*... diversiones todas de marca sajona. No hacen de la vida esclavitud insufrible. No; la vida es amable, la vida es alegre. Mandamos allá nuestros niños para que aprendan á ser hombres, y debiéramos mandar también á nuestros hombres para que aprendieran á ser niños.

IGNACIA.

Tienes razón.

JOSÉ RAMÓN.

Pues ya lo ves; Claudio no quiere convencerse de esto.

IGNACIA.

Como tu padre; otro fanático.

JOSÉ RAMÓN.

Que quiere fanatizarme, amarrarme al trabajo de una fábrica, convertirme como él en esclavo de ella.

IGNACIA.

Es manía; no, hijo mío, yo no quiero...

JOSÉ RAMÓN.

Descuida mamá; amo la vida.

IGNACIA.

Harto trabajó tu padre.

JOSÉ RAMÓN.

Eso digo yo: bastante dinero ganó mi padre.

IGNACIA.

Tu aspiración debe ser otra.

JOSÉ RAMÓN.

Y es otra. Pero si ahora salimos con que los condes se dedican á fabricantes...

IGNACIA.

Pues los fabricantes os dedicáis á condes.

JOSÉ RAMÓN.

Eso irán ganando.

IGNACIA.

¿Quién? ¿Los fabricantes?

JOSÉ RAMÓN.

No; los condes. Y esto sí que es inglés. Las herederas de los grandes títulos de Glasgow, de Birmingham, de Londres, se hacen traer para esposos á los ricos herederos de New-York, de Chicago, de Boston. Hoy el Atlántico arrulla los amores de grandes millonarios, y en su orilla las interesantes *ladies* aguardan á sus prometidos como Hero aguardaba á su Leandro.

IGNACIA.

Pero no vendrán nadando.

JOSÉ RAMÓN.

Cómodamente, en sus *yathes*.

IGNACIA.

Estos ingleses, siempre prácticos.

JOSÉ RAMÓN.

Y cómodos.

IGNACIA.

¿Y tú, hijo mío?...

JOSÉ RAMÓN.

Ya lo sabes; no son de hoy mis ambiciones. Hace mucho tiempo, mucho, que yo quiero á Manolita.

IGNACIA.

Pues hijo, me parece que ella...

JOSÉ RAMÓN.

Ella sí... pero á veces presiento... Mamá, ¿crees tú que Claudio...?

IGNACIA.

¿Tu hermano? ¡Qué absurdo! Ya se conoce que estás enamorado; á Claudio sácale de su fábrica, de sus talleres, de su escritorio...

JOSÉ RAMÓN.

¿Y en mi ausencia?...

IGNACIA.

Nada; respondo de ello: nada. Tu hermano me lo hubiera dicho á mí, á tu padre, al de ella. ¿Ni cómo piensas tú que Manolita...? Con esto transigió tu madre en días difíciles; me costó muchas lágrimas. Manolita no está en el mismo caso. Aquí lo pasa bien... á temporadas. La libertad de esta vida es para ella un descanso... de la libertad de la otra.

JOSÉ RAMÓN.

Piensa como yo; que es muy agradable dividir la existencia en dos mitades. Medio seguro de no aburrirse nunca. Por ejemplo: mitad ciudad, mitad campo; ó mitad trabajo, mitad descanso; mientras, por la novedad, gozamos de una, embellecemos con la imaginación la otra. Y viceversa. Nada más peligroso que lo monótono.

MANOLITA.

Ustedes lo entienden. Han venido huyendo; esos caballeros están insoportables.

JOSÉ RAMÓN. (*A Ignacia.*)

Ahí la tienes.

IGNACIA.

También ella viene huyendo.

JOSÉ RAMÓN.

De lo monótono.

MANOLITA *(Con intimidad á José Ramón.)*

¿Puedo saber por qué me dejaste de modo tan brusco? ¡Vaya un geniecito!

ESCENA II

IGNACIA, JOSÉ RAMÓN y MANOLITA.

MANOLITA.

A ver este café *(Sirviendo á Ignacia.)* ¿Quiere usted?

IGNACIA.

Gracias.

MANOLITA *(Sirviendo á José Ramón.)*

Tenemos pendiente un partido. José Ramón, se te juega.

JOSÉ RAMÓN.

No; gracias.

MANOLITA.

Pues mira; quedaron en venir para jugar con nosotros Cristeta y Macario.

JOSÉ RAMÓN.

Tengo que hacer... ¿sabes tú?... La fábrica... los negocios...

MANOLITA. *(Sirviéndose café.)*

¡Ah! Muy bien. Nada, nada... ¡Los negocios!

JOSÉ RAMÓN.

Sigo el ejemplo de Claudio.

MANOLITA.

¡Adelante!

JOSÉ RAMÓN.

Debe parecerte un gran ejemplo.

MANOLITA.

Excelente *(A Ignacia.)* Sus hijos de usted, señora, van á elevar esta casa á una altura inconmensurable.

IGNACIA.

¿Tú crees que José Ramón...? Hija mía, no hagas caso; no es como Claudio. Ahora mismo lo estábamos diciendo; para ese hijo mío la maquina-

ria, los obreros, un asilo para huérfanos, otro asilo para inválidos, ese monte-pío que trae ahora entre manos... A todo acude, á todos atiende, menos á nosotros. Estos hombres, Manolita, serán muy buenos para lo que ellos llaman la gran familia humana, pero de la propia... hacen poco caso.

MANOLITA.

Muy poco caso (*A José Ramón.*) Y como tú, por lo visto, también te vas á dedicar á la familia humana, yo no tengo más remedio que dedicarme á la divina. Mira, si en alguno de esos asilos que va á fundar tu hermano ponéis monjitas, me nombráis superiora. ¿Qué te parece la idea? Sólo sentiré una cosa: que entonces no podré salir contigo en automóvil.

JOSE RAMÓN.

Déjame; no estoy para bromas.

MANOLITA.

¡Ay! ¡Cómo vienes del extranjero!

JOSÉ RAMÓN.

No; cómo te encuentro al llegar del extranjero.

MANOLITA.

Lo mismo que me dejaste.

JOSÉ RAMON.

Eso.

MANOLITA.

Vamos, sí, una chicuela.

JOSÉ RAMON.

Que para ti no pasan años.

MANOLITA.

¿Y lo sientes? ¿Sientes que yo sea en esta casa, que yo sea para vosotros, lo que fuí siempre, una hermana?

JOSÉ RAMÓN.

Hermana para los dos; en adelante, presiento que sólo vas á ser hermana de uno.

MANOLITA.

¿De uno solo? José Ramón, piensas cosas muy extrañas. Yo no te he olvidado; de vosotros no me olvidaría nunca, no quiero olvidarme nunca. Eres ingrato. ¿De veras crees que yo sólo pueda considerarme hermana de Claudio?

JOSÉ RAMÓN.

No; mía.

(Pausa. José Ramón *va á dejar sobre una mesa la taza de café.* Manolita *queda sola, pensativa.)*

ESCENA III

DICHOS *y* ANTONIO.

ANTONIO.

Aquí me refugio.

IGNACIA.

¿Siguen?...

ANTONIO.

Sin hacerme caso, sin oir mis consejos de hombre práctico; mi experiencia no sirve de nada. Porque me declaro enemigo de los asilos, mi sobrinito...

IGNACIA.

¿Claudio?

ANTONIO.

El mismo; me replica: tío Antonio, el asilo que yo funde, no será vivero de vagos. Por estar presente persona tan respetable como nuestro amigo, el Conde, no le pedí á tu hijo explicaciones sobre el vivero de vagos.

MANOLITA.

Don Antonio, ¿le sirvo un poco de anisado?

ANTONIO.

Café antes.

(Manolita *después de servir á* Antonio *vase á hablar con* José Ramón.)

ANTONIO. *(A Ignacia.)*

La vida moderna proscribe el asilo, forma anticuada de protección humillante. Yo corrí muchas tierras sin hallar tan vergonzosos resíduos de vuestra caridad rancia. Para hallar uno, fué necesario volver á mi patria.

MANOLITA. *(A José Ramón.)*

¿De qué puedes culparme? ¿Qué hiciste tú? En cinco años de ausencia ¿te acordaste de mí una vez siquiera? ¡Y aún dices que Claudio!... ¿No he de quererle? Conmigo fué duro, áspero á veces; es su carácter; pero en él hallé siempre buen consejo, como tú mismo lo hallas. Es tan bueno; nos quiere tanto... ¿Qué dices tú?

JOSÉ RAMÓN.

Eso mismo: que es muy bueno, y que te quiere tanto.

MANOLITA.

Con un afecto muy extraño.

JOSÉ RAMÓN.

¿Te parece extraño el afecto de Claudio?

MANOLITA.

Me explicaré... No sé como...

JOSÉ RAMÓN.

No, no te esfuerces... Ya comprendo.

MANOLITA.

No, no lo comprendes; no es fácil comprenderlo.

JOSÉ RAMÓN.

El sabrá explicarlo; claridad no le falta. ¿Quieres que le llamemos?

MANOLITA.

Si te interesa mucho, puedes llamarle.

JOSÉ RAMÓN.

Pensé que eras tú la interesada en oirle explicar su afecto.

MANOLITA.

¿Para qué? Ya le conozco.

JOSÉ RAMÓN.

Y yo le voy conociendo.

MANOLITA.

¡José Ramón!

ESCENA IV

DICHOS, CLAUDIO, CONDE *y* NORBERTO.

CONDE.

Cosa resuelta. Se funda el asilo; venció Claudio.

MANOLITA. (*A Claudio.*)

Enhorabuena.

CLAUDIO.

No á mí; á los desgraciados.

CONDE.

Inauguramos su gerencia, colocando la primera piedra. Por supuesto, Antonio, que contamos con usted para el asilo; tendrá usted plaza.

ANTONIO.

¿Cómo? *(A Claudio.)* ¿En calidad de vago?

CLAUDIO.

En calidad de administrador; con sueldo y casa.

ANTONIO.

Ya te comprendo. Eso es decirme que estorbo en ésta. Basta, basta. Ignacia, ya lo oyes. Norberto, ya lo oyes. Si os molesto aquí, decidlo claro, pero no me brindéis con puestos que mi decoro rechaza. Adiós.

NORBERTO É IGNACIA.

¿A dónde vas?

ANTONIO.

¡Al casino! *(Vase.)*

CONDE.

(Arrellanado en un sillón fumando y tomando café.)

Uno que no comprende la hermosura de esta vida de abnegación, de trabajo. Hija mía: este Claudio es un hombre; su palabra me seduce, su ejemplo me arrastra. ¡Cuánta bondad! Claudio, Manolita, ahí le tienes; el día en que yo te falte será tu segundo padre.

CLAUDIO.

Es verdad.

MANOLITA.

El hermanito mayor, la persona más respetable de la casa.

CLAUDIO.

Eso, ~~eso,~~ la pequeña á quien se guía siempre, en quien se piensa siempre, diciendo: ahora soy yo tu amparo, ahora soy yo tu padre; hasta que mañana, un día, al sentirnos viejos, al hallarnos solos, ella es nuestra madre, ella es nuestro amparo... ~~¡Ah!~~ Mamá, ~~mamá~~, (*A Ignacia rápidamente.*) ¿estás contenta?... ¿Qué dices de mi idea? ¿de ese asilo? Ya ves cómo pienso en algo más que la fábrica. Tienes razón: pensar sólo en ella, es embrutecer el alma. No, no, mamá.

IGNACIA.

¿Qué tienes, Claudio? Estás nervioso.

CLAUDIO.

No, no, mamá. Ya estoy al frente de la fábrica. ¡La ambición de mi vida! ¡Estoy contento! Y tú, mamá, ¿estás contenta?

IGNACIA.

Sí, sí; pero hijo, por Dios..., yo creí que tú no tenías nervios. Mira Manolita: á Claudio prohibido el café.

MANOLITA.

Si no lo ha tomado todavía.

IGNACIA.

Pues hija ¡si llega á tomarlo!...

CONDE. *(Siempre repantigado en el sillón. A Claudio.)*

Hombre, te lo confieso: eres lo que llamamos un sabio; nada como esta vida de fabricante.

CLAUDIO.

Tiene sus asperezas, sus días amargos.

CONDE.

Sí, sí que los tiene; pero mira me gusta, me voy acostumbrando; ya ves tú; á mi edad. Quizá sea por lo mismo; estas cosas necesitan su edad. Por eso en ti tiene más mérito.

CLAUDIO.

Ninguno; no hay vida, ni trabajo más de mi gusto.

CONDE.

Pero, hombre, dime: ¿de veras una fábrica da siempre tanto, tanto trabajo?

MANOLITA. *(A José Ramón.)*

¿Te decides?

JOSÉ RAMÓN.

Me decido por el automóvil.

MANOLITA.

Te acompaño... Digo, supongo que podré darme por invitada.

JOSÉ RAMÓN.

Si puede decirse que lo compré para ti. Primero pensé que fuese solo de dos asientos para salir contigo, como salíamos en tiempos ¿te acuerdas?

MANOLITA.

Sí; en el faetón.

JOSÉ RAMÓN.

Los dos solos.

MANOLITA.

¡Cuánto hemos corrido!

JOSÉ RAMÓN.

Eso quería yo.

MANOLITA.

¿Seguir corriendo? Oye: si es que vas á ir muy deprisa...

JOSÉ RAMÓN.

Me someto á tu paso por ir contigo.

CLAUDIO.

¿Vais á salir? José Ramón, ya sabes que para mañana hemos de tener ese trabajo concluído.

JOSÉ RAMÓN.

Déjame que descanse.

IGNACIA.

¡Qué tiranía!

NORBERTO.

No seas exagerado; toda la mañana estuvisteis trabajando.

CONDE.

Tienen razón; deja que descansemos.

CLAUDIO. (*A Manolita.*)

Tú tienes la culpa; le estás pervirtiendo. Y haces mal, Manolita; os ven solos; aquí de todo se

murmura. Repara que ya no puedes hacer lo que hacías antes.

MANOLITA.

¿Por qué?... Vais á hacer que desconfíe de mi misma, que desconfíe de vosotros. ¡Por Dios, Claudio!

JOSÉ RAMÓN.

¿Qué dices? ¡Ah! Que no salgamos.

CLAUDIO.

Que no está bien los dos solos.

JOSÉ RAMÓN.

Mira, yo no la he invitado. Estáte tranquilo.

CLAUDIO.

¡José Ramón!... ¿Qué dices?

JOSÉ RAMÓN.

Ya lo oyes: que ella quiere venir conmigo.

CLAUDIO.

Es natural; ella piensa que su cariño hacia nosotros lo disculpa todo.

JOSÉ RAMÓN.

Y para ti, en cambio, el cariño no disculpa nada.

CLAUDIO.

En nosotros, nada; en ella, todo.

MANOLITA. (*A Claudio; con mimo infantil.*)

¿Da usted su permiso?

JOSÉ RAMÓN.

¿Te hace falta?

MANOLITA.

Vas á verlo. Prepáralo todo; aguárdame abajo. Voy por el abrigo.

JOSÉ RAMÓN.

No tardes.

(*Vanse,* Manolita *por una puerta lateral y* José Ramón *por el fondo.*)

IGNACIA. (*A Claudio.*)

Es gana de atormentarlos. ¿Qué consigues? Ya lo ves: que se vayan disgustados.

NORBERTO.

Mujer..., disgustados...

CONDE.

(Que se quedó adormilado, despierta de repente soñoliento.)

¿Disgustados?... Muy disgustados, sí, señor. Conste que no dormía. Muy disgustados.

MANOLITA. *(Sale con abrigo de automóvil.)*

Hasta luego.

CONDE.

¿Ya estáis de vuelta?

MANOLITA.

No, papá; marchamos ahora.

CONDE.

¿También tú creerás que me he dormido?

MANOLITA.

Volvemos pronto. Adiós, Claudio. Ya sabes que del automóvil, ó se vuelve pronto ó no se vuelve nunca.

CONDE. *(A Manolita.)*

Me quedé un poco dormido. No lo digas. Ahora voy á dormir otro poco en la terraza. Aquí no me dejan. *(Alto.)* Os voy á ver salir desde la terraza.

ESCENA V

CLAUDIO, IGNACIA *y* NORBERTO.

(El Conde *se queda en la terraza; se le verá dormido en un sillón.)*

CLAUDIO. *(A Ignacia, que se dispone á salir.)*

¿Dónde vas? Espera, mamá; tenía que hablaros... Así; á los dos.

IGNACIA.

Aquí nos tienes.

CLAUDIO.

Una pregunta.

NORBERTO.

Di.

CLAUDIO.

Sólo una pregunta.

IGNACIA.

Vamos..., pregunta lo que quieras.

CLAUDIO.

Sí...; pero sentémonos.

IGNACIA.

Nos sentamos. *(Se sientan los tres. Pausa.)*

NORBERTO.

Habla.

CLAUDIO. *(Levantándose.)*

Hablaré, preguntaré; á mi modo; yo soy brusco.

NORBERTO.

Bien, á tu modo.

CLAUDIO.

Yo no sé revestir las cosas, adornar las ideas.

NORBERTO.

Eso no importa; con tus padres...

IGNACIA.

Vamos, hijo.

CLAUDIO.

Es verdad. ¿Qué dirías tú, mamá? Y tú, padre, ¿qué dirías? ¿qué diríais vosotros si yo dijera: pienso en casarme con Manolita?

IGNACIA.

¿Tú?

NORBERTO.

¿Casarte?

IGNACIA.

¿Manolita? *(Pausa.)*

CLAUDIO.

Sí; ¿qué?... ¿qué decís vosotros?... ¿Tanto os sorprende?... ¿Tú, qué dices?... Y tú, ¿tampoco nada?

IGNACIA.

Hijo mío, así al pronto...

NORBERTO.

Tan de repente... Explícate.

CLAUDIO.

¿Hace falta explicar estas cosas como quien explica las ruedas de una máquina?

IGNACIA.

Ya ves, nosotros no sospechábamos...

NORBERTO.

Tú, siempre metido en la fábrica...

CLAUDIO.

Ya, ya..., sin un afecto, sin un cariño.

NORBERTO.

No, no es eso.

CLAUDIO.

Un hombre bueno sólo para el trabajo, inútil para la familia, para querer ó para ser querido.

NORBERTO.

Por Dios Claudio.

IGNACIA.

¿Donde vas á parar?

CLAUDIO.

Basta. Ya hice la pregunta; ya tengo la respuesta. Nada más, he concluído. Vuelvo al trabajo, voy á la fábrica; será mi vida.

NORBERTO. *(Deteniéndole.)*

Hijo mío.

CLAUDIO.

¿Qué quieres? Alguna vez todos soñamos y yo, tuve mi sueño. No era ella sola, esa criatura; era tu obra, era la fábrica. Los dos unidos... ¿comprendes tú...? ya no hay socios industriales; la sociedad industrial se convierte en familia, las dos ramas en una; no las une un negocio, las une un afecto; y un mismo cariño por una misma obra... grande, grande. Yo la veía grande... que alguna vez, todos soñamos.

NORBERTO.

Bien está; tu pensamiento es noble, tu sueño, realizable... ¿Y ella...? ¿querrá ella...? ¿tú sabes?

CLAUDIO.

Me quiere... me quiso siempre.

NORBERTO.

Es verdad, á los dos os quiso siempre.

IGNACIA.

Manolita tiene también mucho cariño á tu hermano.

CLAUDIO.

Pero José Ramón no quiere como yo la fábrica.

IGNACIA.

Una cosa es Manolita y otra cosa es la fábrica.

CLAUDIO.

¿De manera que tu crees...?

IGNACIA.

Yo creo que debes pensarlo ¿verdad Norberto? Todos debemos pensarlo. Pepe se ha dormido; ~~voy por un abrigo; se está enfriando~~. Créeme Claudio: debes pensarlo.

(*Vase* Ignacia. Claudio *se sienta con la cabeza entre las manos. Largo silencio.*)

NORBERTO.

(*Acercándose lentamente á* Claudio *y tocándole en el hombro.*)

Claudio.

CLAUDIO.

¡Padre mío! Ya está todo pensado.

NORBERTO.

Hijo, ten reflexión, ten calma; no está bien que un hombre como tú...

CLAUDIO.

Eso; no está bien que un hombre como yo se enamore como un muchacho.

(*Pasa* Ignacia *hacia el fondo con una manta para abrigar al* Conde.)

Te digo, Padre, que todo está pensado; que á veces un momento de reflexión echa por tierra los pensamientos, las ilusiones que durante toda la vida hemos ido levantando. Afectos que en el corazón vemos nacer y crecer y levantarse, la reflexión, rápida como un rayo, nos los mata.

IGNACIA.

No habléis tan alto; está dormido; vais á despertarle. (*Vase* Ignacia.)

ESCENA VI

CLAUDIO, NORBERTO. *Después* CONDE.

NORBERTO.

Dime qué pensaste.

CLAUDIO.

Que á un hombre como yo no le sienta bien una corona condal.

NORBERTO.

Repara Claudio que tu nombre, el nombre que te deja tu padre, hoy en el mundo vale tanto, por lo menos, como esa corona de conde.

CLAUDIO.

Para tí, para mí, para unos cuantos.

NORBERTO.

Entonces... ¿quieres...? ¿quieres tratar de igual á igual? ¿quieres una?

CLAUDIO.

Padre... Si la quisiera, yo mismo la forjaría; de hierro.

NORBERTO.

Si la quisieras, ya lo sabes: en la casa de tu madre, escudos no faltan; alguna habrá olvidada.

CLAUDIO.

Ya lo sé. Podríamos restaurarla y dorarla. No. Lo dicho: me gustan más de hierro; y me gusta más mi escudo: *Herce. Fábrica de Pomanes.* Así, claro, brillante, sobre una plancha de acero.

NORBERTO.

¡Claudio!

CLAUDIO.

Si yo al preguntaros esto, al pensar en ella, nunca me acordaba que el día de mañana... Si era al contrario; naturalmente, yo metido en el trabajo

siempre veía las cosas del lado contrario. Era ella, era Manolita la que venía á Pomanes; unía su nombre al de nuestra casa, porque ella es mujer que ama esta casa, que ama nuestra obra; si me parece á mí mismo quererla por eso, solo por eso, porque no habría otra como ella, capaz de mirar esto con ese cariño grande, grande, como yo lo veo.

CONDE. (*Despertando.*)

¿Quién, quién? ¡Ah! Vosotros. También ahora diréis que me estaba durmiendo. Norberto, tienes un parque hermoso; en contemplarle se me pasan las horas. Indudablemente, hoy los nobles sois vosotros. Vuestra vida es lo más semejante á la vida de la antigua nobleza: tenéis morada que con tomarle el nombre da renombre á la comarca, tenéis mesnadas de obreros, sobre el portón un escudo de metal, que hoy vale más que la piedra, la gente entre quien vivís, os tiene amor y respeto; quitadme un poco de humo, quitadme un poco de ruído, quitadme un poco de polvo y hoy los nobles sois vosotros. Nuestras hijas en vez de buscar maridos entre los alfeñiques de la corte, debieran venir por ellos á estos rincones y sacarlos fuertes, guapos y noblotes de entre esta nueva raza de fabricantes.

CLAUDIO. (*A Norberto.*)

Parece que nos ha oído.

NORBERTO.

Ni una palabra; estaba durmiendo.

CONDE.

¿Qué estáis diciendo?

NORBERTO.

Que me satisface mucho oirte hablar de ese modo.

CONDE.

Yo siempre dije lo mismo; solo que tú, eres un exagerado; y tú, otro.

ESCENA VII

DICHOS. MANOLITA *y* JOSÉ RAMÓN.

MANOLITA.

Aquí nos tenéis ya. En salvo.

CONDE.

¿Qué? ¿Hubo *pana*?

MANOLITA.

Como siempre.

JOSÉ RAMÓN.

Insignificante.

MANOLITA. *(A Claudio.)*

¿No te dije? De un automóvil ó se vuelve al instante ó no se vuelve nunca.

JOSÉ RAMÓN.

Nada, un carretero... Si no se sabe cuándo en mitad de un camino se encuentra una bestia.

CONDE.

Ni cuándo en mitad de un camino se encuentra un automóvil.

MANOLITA.

Volvimos á pié. Allá quedó el *chauffer* reparando la avería.

CLAUDIO.

¿Qué ha sido?

JOSÉ RAMÓN.

Figúrense ustedes que al tomar una vuelta, de frente, paf, un carro.

CONDE.

Si estos coches no debían andar por las carreteras.

CLAUDIO.

Está usted equivocado: los que no deben andar por las carreteras son los carros.

CONDE.

En fin, gracias que no os rompisteis nada.

MANOLITA.

Nada papá; una rueda.

JOSÉ RAMÓN.

Mañana ya está compuesta.

NORBERTO.

¿Y volveréis?

MANOLITA.

Naturalmente; á romper otra. ¿No ha venido Cristeta? ¿Ni Macario? José Ramón, ya que se malogró el paseo, se juega el partido.

JOSÉ RAMÓN.

Jugaremos.

MANOLITA.

¡Cómo vengo! Hasta luego. (*Vase.*)

NORBERTO. (*Al Conde.*)

¿Quieres ver esa liquidación en un momento? Es lo único que falta; después de eso queda todo, todo en manos de ellos.

CONDE.

Pero hombre, no me dejas respirar; ahora...

NORBERTO.

¿Que quieres? Sin que tu lo veas y lo apruebes no quedaré tranquilo.

CONDE.

Si es por tranquilizarte, vamos. Pero mira, á mí tanto tanto trabajo me mata. Yo no sirvo para esto; acabáis conmigo; esta vida es imposible.

NORBERTO. (*A Claudio y José Ramón.*)

Desde mañana vosotros dos ya solos, solos, al frente de todo esto. Hoy me jubilo; desde mañana descanso.

CONDE.

Y yo también desde mañana descanso.

NORBERTO.

Vámonos. (*Vanse el* Conde *y* Norberto.)

ESCENA VIII

CLAUDIO *y* JOSÉ RAMÓN.

(José Ramón *se dispone á salir por el fondo.*)

CLAUDIO.

José Ramón, tengo que hablar contigo.

JOSÉ RAMÓN.

¿Ahora?... ¿Negocios?

CLAUDIO.

No; otra cosa.

JOSÉ RAMÓN.

¿Otra? ¿Qué puede ser? Aquí me tienes.

CLAUDIO.

Nosotros ¿no podemos hablar más que de negocios?

JOSÉ RAMÓN.

A eso me tienes acostumbrado.

CLAUDIO.

Pues ahora no. ¿Ves tú? Ahora no te voy á hablar de cosas de la fábrica sino de cosas del alma.

JOSÉ RAMÓN.

¡Hombre!

CLAUDIO.

Y muy íntimas, y muy hondas y muy enrevesadas..

JOSÉ RAMÓN.

Pues te ruego que me hables con mucha claridad, porque yo en cosas del alma no entiendo absolutamente nada.

CLAUDIO.

De hermano á hermano, José Ramón, estas cosas se entienden siempre. ¿Te satisface á ti esta vida, este trabajo, esta obra?

JOSÉ RAMÓN.

Dices que no ibas á hablarme...

CLAUDIO.

Y lo repito. Respóndeme, José Ramón, respóndeme.

JOSÉ RAMÓN.

Bueno; sí; me satisface. Pero...

CLAUDIO.

¡Ah!..... di.

JOSÉ RAMÓN.

Sin tiranías; sin convertirme en esclavo.

CLAUDIO.

¿Yo soy esclavo?

JOSÉ RAMÓN.

¿Tú?... Lo eres.

CLAUDIO.

¿Qué pedirías tú en el mundo para llevar con gusto la esclavitud de esta casa?

JOSÉ RAMÓN.

¿Pedir yo?... ¡Extraña pregunta!... Nada.

CLAUDIO.

¿Oiste á padre? Desde mañana, tú y yo solos...

JOSÉ RAMÓN.

Perfectamente. Solos.

CLAUDIO.

Pues no señor; he pensado que no debemos ser tú y yo solos. Nuestro padre tiene un socio, y á su hija, á Manolita, podríamos nosotros asociarla á nuestra obra.

JOSÉ RAMÓN.

¿Asociarla?

CLAUDIO.

Sí; muy fácil.

JOSÉ RAMÓN.

¿Cómo?

CLAUDIO.

Por ejemplo: casándome yo con ella.

JOSÉ RAMÓN.

¡Claudio! ¿Qué dices?

CLAUDIO.

Siéntate. ¿Ves como iba á hablarte de cosas del alma?

JOSÉ RAMÓN.

De la mía. Yo quiero á Manolita, la quise siempre; lo sabes; hace muchos años; sólo que tú, durante mi ausencia...

CLAUDIO.

Yo durante tu ausencia, me esforcé en reavivar el recuerdo que ibas matando con tu silencio. Sí; en cinco años ni una vez sola te acordaste de ella. ¿Sería extraño que yo entre tanto... que ella entretanto, olvidase cariños del que andaba por el mundo, libre, errante, sin enviar nunca expresión de afecto á la que aquí había quedado recordándote siempre, queriéndote siempre?... José Ramón ¡qué extraño amor el tuyo!

JOSÉ RAMÓN.

¿Eres tú, Cláudio, quien viene á pedirme cuentas?

CLAUDIO.

Yo vengo á decirte que también la quiero.

JOSÉ RAMÓN.

¿Tú? Bien está. Pero ella...

CLAUDIO.

No hablemos de ella. No vengo á disputar una mujer como rufián en taberna. A ti te lo dije porque debes saberlo, porque soy tu hermano y lo más leal es que lo sepas. A ella no se lo dije nunca; ella no lo sabrá nunca.

JOSÉ RAMÓN.

Entonces...

CLAUDIO.

Sí; es tuya. (*Pausa.*) ¡José Ramón! ven, ven á mis brazos. (*Se abrazan.*)

JOSÉ RAMÓN.

¡Claudio! ¡Hermano mío!

CLAUDIO.

Y ahora ¿serás esclavo de ella? Júrame aquí mismo que seréis los dos esclavos de esta casa, de esta obra; júrame aquí mismo que vuestra vida será esta vida, que entre tú y yo haremos cada vez más grande, más grande la obra que heredamos, que es la vida misma de mi padre, todos sus amores, todos sus afanes, toda su alma.

JOSÉ RAMÓN.

¿Por qué jurarlo? ¿Dudas?

CLAUDIO.

De ti, sí; de ella, no. Júrame que Manolita, con su cariño te unirá á la vida nuestra. José Ramón, José Ramón... esto sólo y seré feliz, quedaré contento, todo mi amor se fundirá en el tuyo, en el vuestro, porque al veros dichosos, seré dichoso,

como padre que ve unidos á sus hijos y amada por ellos su obra y próspera su casa. ¿No es verdad que debe ser así?

JOSÉ RAMÓN.

Así será, Claudio.

CLAUDIO.

¡Pues estoy contento. Me parece que hoy estarán todos contentos en esta casa!

JOSÉ RAMÓN.

¿Todos, Claudio?

CLAUDIO.

¡Todos, contentos en esta casa!

LIBORIO.

Señorito José Ramón, el señorito Macario en el jardín le aguarda.

(*Vase* Liborio. Claudio *y* José Ramón *se abrazan fuertemente. Vase* José Ramón. Claudio *se sienta.*)

ESCENA IX

CLAUDIO *y* MANOLITA.

(Manolita *entra precipitadamente con traje de* lawn-tennis *y una raqueta. Vase hacia el jardín. Al ver á* Claudio *se detiene.*)

MANOLITA.

¿Tú aquí? ¡Herrerito mío!... ¿Qué tienes? ¿Está triste mi herrero?

CLAUDIO.

¿A dónde ibas?

MANOLITA.

Me están aguardando para jugar un *tennis*; pero si tu estás triste yo no voy, yo no juego. Claudio ¿qué es esto? ¿Vamos á ver qué es esto señor fabricante? ¿Usted holgando?... Aquí ha ocurrido algo muy extraordinario... ¿Usted sin trabajar toda la tarde? Se va á hundir el mundo; por lo menos se va á hundir la fábrica.

CLAUDIO.

¿Crees tú que alguna vez no me gusta á mí la vida de familia?

MANOLITA.

¿Aquí solo? Esta soledad ¿es tu familia?

CLAUDIO.

Ven, siéntate. Estaba pensando en ella.

MANOLITA.

¿Quién es ella?

CLAUDIO.

La familia.

MANOLITA.

¿Cuál?

CLAUDIO.

La mía.

MANOLITA.

Pues me voy. Te dejo pensando en ella.

CLAUDIO.

No te vayas. Tú formas parte de ella.

MANOLITA.

¿Yo? ¿Y por eso estás triste?

CLAUDIO.

Al contrario: contento, muy contento.

MANOLITA.

¿Sí?

CLAUDIO.

Dame una raqueta. Me apetece jugar con vosotros. Verás si estoy contento.

MANOLITA.

Toma...; vamos...; yo te enseño.

CLAUDIO.

¡Manolita!... Eres un ángel; serás un ángel en esta casa.

MANOLITA.

Claudio... (*Transición; cambia de expresión.*) Gracias á Dios que lo reconoces.

CLAUDIO.

Siempre.

MANOLITA.

Siempre me reñiste por ser un diablejo.

CLAUDIO.

Ya no te reñiré nunca.

MANOLITA.

Será que no me quieres. Yo, aunque me riñas, aunque conmigo seas severo como lo fuiste siempre, te querré siempre.

CLAUDIO.

No; ya no puede ser.

MANOLITA.

¿Que no puede ser?... ¿Que no puedo quererte?...

CLAUDIO.

Que no puedo reñirte. Quererme, sí; querernos siempre.

MANOLITA.

¿Por qué no, Claudio? Yo te he obedecido como se puede obedecer á un padre.

CLAUDIO.

Es verdad; muy bien dicho, como á un padre.

MANOLITA.

El mío, tú lo ves, ¡está tan viejo! Desde que murió mi madre, soy yo, y sois vosotros los únicos cariños de su alma, y ni en vosotros, ni en mí encuentra nada malo; nosotros para él nunca somos malos; tú eres un hombre de talento extraordinario, tu voluntad le parece cosa de acero, forjada ahí dentro, sobre esos yunques; tú el hombre fuerte; yo la mujer, mitad ángel, mitad diablillo, que le mima si está alegre, que le alegra si está triste.

CLAUDIO.

¿Y José Ramón?

MANOLITA.

¡Ah! José Ramón..., el caballero arrogante..., el hombre guapo, tipo de noble á la moderna usanza; desde que vino, muchas veces me dice: de haber tenido un hijo, para heredero mío, así..., así..., como José Ramón le hubiera yo querido. ¡Ya ves si nos quiere! Pero yo comprendo que tanto cariño ciega, y sin duda por eso no tuvo nunca valor para reprenderme, para guiarme. Tú sí, tú me guiaste. !Qué bueno eres! Te quiero como á mi padre.

(*Abrazándole con mucho cariño.*)

CLAUDIO.

¿Siempre así?

MANOLITA.

Sí, Claudio; así siempre.

CLAUDIO.

La hermana pequeña.

MANOLITA.

La hermana menor, como tú me has dicho.

CLAUDIO.

Pero hermana de veras..., de veras.

MANOLITA.

¿Qué quieres decirme? No te comprendo.

CLAUDIO.

Que mi hermano te quiere con toda su alma.

MANOLITA.

¿José Ramón? ¿Te lo ha dicho?

CLAUDIO.

Sin hacer falta que lo dijera... como tampoco hace falta que tú me lo digas.

MANOLITA.

¿Y tú, Claudio?

CLAUDIO.

Yo...

MANOLITA.

¿Tú?... ¿Tú, qué me dices?

CLAUDIO.

Yo... yo, Manolita, que estoy contento, muy contento, por ti, por él, por esta casa.

MANOLITA.

¡Hermano! ¡Hermano mío! *(Se abrazan.)*

CLAUDIO.

¡Hermana! Tu padre y mi padre vienen... Hoy todos contentos en esta casa.

ESCENA X

CLAUDIO, MANOLITA, CONDE *y* NORBERTO.

CONDE.

Esto es intolerable; que no me hablen más de cuentas, ni de liquidaciones. Hija mía, vengo mareado, con dolor de cabeza. Me matan.

MANOLITA.

¿Pues no decías que te ibas acostumbrando?

CONDE.

Pero poco á poco; no así de golpe todo el peso del trabajo.

NORBERTO.

No le hagas caso; viene loco de alegría. Entre los obreros ya cundió la noticia del asilo y del monte-pío, y parece que te preparan una manifestación extraordinaria; probablemente al salir del trabajo.

MANOLITA.

Todo lo merece.

CONDE.

Todo. Si hay manifestación, yo me pongo al frente de ella.

CLAUDIO.

Gracias. Cuánto cariño.

MANOLITA.

Todos te quieren; todos te queremos.

(Manolita *y el* Conde, *sentados á la izquierda, hablan bajo.* Claudio *y* Norberto *en pié á la derecha.*)

NORBERTO.

¿Hablaste con José Ramón?

CLAUDIO.

Todo resuelto.

NORBERTO.

¿Qué?

CLAUDIO.

Que Manolita será el alma de esta casa; que las dos ramas se funden en una.

NORBERTO.

¡Tu idea!

CLAUDIO.

José Ramón la realiza.

NORBERTO.

¿José Ramón?... ¿Qué dices?

CLAUDIO.

Padre, mi cariño, tú lo sabes, es grande, es firme, es paternal ¿y quién me dice á mí que tomarlo de otro modo, no es hacerme yo mismo juguete de pasión volandera, impropia de mi carácter, de mi vida?

NORBERTO.

Pasioncilla volandera la de ellos.

CLAUDIO.

Te equivocas; él la quiso siempre. Yo sería un mal hermano, si valiéndome de la autoridad que sobre ella tengo, me pusiera entre el cariño de los dos, ~~entre el cariño de ellos~~. No; eso nunca, no me lo pidas, no lo haré nunca.

NORBERTO.

Piensa lo que haces.

CLAUDIO.

Todo está pensado. Ven y hablaremos; que no nos oigan.

NORBERTO.

Que descanses, Pepe. Vámonos, Claudio.

(*Vanse* Claudio *y* Norberto.)

ESCENA XI

MANOLITA *y* CONDE.

CONDE.

La verdad, hija, no te entiendo.

MANOLITA. (*Mimosamente.*)

Papaíto, si es muy fácil entenderlo; si es lo que tú me has dicho muchas veces; hoy la nobleza decae porque le falta vida sana, hierro, hierro.

CONDE.

¿Yo te he dicho...?

MANOLITA.

Muchas veces.

CONDE.

Pues entonces, sí; lo dije. Como tú quieras, hija.

MANOLITA.

No, si tú no quieres... Pero ya ves..., son afectos arraigados, son cariños antiguos... Si había de ser, si estaba visto... de este modo fundimos en una casa las dos casas, en una familia las dos familias.

CONDE.

¡Ah!... ¡Es él!

MANOLITA.

El mismo.

CONDE.

Justo; en una casa las dos casas, en una familia las dos familias. Es él, el mismo. Muy bien. Hombres como él, muy pocos, Manolita; temple varonil, voluntad de acero, firme en el cariño, rudo en el trabajo. ¡Un hombre! Ese, ese. El que yo para ti he soñado siempre.

MANOLITA.

No; no, papaíto... no es ese... Es el otro.

CONDE.

¿Dices... que es el otro?

MANOLITA.

Sí; eso digo.

CONDE.

Justo; el otro... el que conoce el mundo, el que no limita su vida á la vida de un taller y de una fábrica, el arrogante caballero, el noble á la moderna usanza, el que hará de ti en la corte una gran condesa, guapa, porque tú eres muy guapa, el que hará de tus hijos, de mis nietos, verdaderos nobles, nobles de raza. Ese, ese. El que yo para ti he soñado siempre.

JOSÉ RAMÓN. (*Por el fondo.*)

Manolita, te estamos esperando.

ESCENA XII

MANOLITA, CONDE *y* JOSÉ RAMÓN.

CONDE.

Aquí está nuestro hombre.

MANOLITA.

Silencio, papá, silencio. No pude ir; papá estaba un poco malo.

CONDE.

¿Yo? ¿Quién lo dijo?

MANOLITA.

Tú; dijiste que te dolía la cabeza.

CONDE.

¿La cabeza?... Sí; es verdad, hija mía. Pero ya no me duele; con la noticia...

JOSÉ RAMÓN.

¿Qué noticia?

MANOLITA.

Silencio, silencio (*A José Ramón.*) Nada; que... á á tu hermano los obreros le preparan una manifestación de cariño.

CONDE.

Y que á ti también te preparamos otra.

JOSÉ RAMÓN.

¿A mí?

CONDE.

No disimules; lo sabemos todo.

MANOLITA. (*Al Conde.*)

Calla.

JOSÉ RAMÓN.

¿Pero qué saben ustedes?

CONDE.

¡Ah, tunante! Todo.

MANOLITA.

Por Dios, papá; que él no lo sabe.

CONDE.

¿Que no lo sabe? ¿No ha de saber que te quiere?

JOSÉ RAMÓN.

¿Qué dice usted? ¿Quién ha dicho...?

MANOLITA.

¡Claudio!... Claudio lo ha dicho.

JOSÉ RAMÓN.

Sí, Manolita; es verdad, á Claudio se lo dije.

CONDE.

¿Lo ves cómo se sabe todo?

ESCENA XIII

DICHOS é IGNACIA.

(Ignacia *sale asustada por una puerta lateral. Comienza á oirse griterío lejano que va creciendo hasta el final del acto.*)

IGNACIA.

Pepe, ¿has oído? ¿Qué voces son esas?

CONDE.

¿Voces? No se les oye ni una palabra. Míralos, hablan bien bajo.

IGNACIA.

¡Ah! Hijos míos.

CONDE.

Nuestros, Ignacia, nuestros.

IGNACIA.

Pero ahí fuera, ¿no oísteis griterío?

MANOLITA.

Ya se oye, ya vienen.

IGNACIA.

Pero, ¿qué es ello?

CONDE.

Los obreros que aclaman á tu hijo.

MANOLITA.

Porque le quieren mucho.

CONDE.

Porque desde mañana se pone al frente de esta casa y porque ya saben lo del asilo, y...

MANOLITA.

Porque Claudio es muy bueno.

CONDE.

Vamos, vamos... ¡Viva Claudio!

(Crece en el fondo la gritería; se oyen vivas lejanos.)

CONDE. (*A Ignacia.*)

¿Oyes? Ahora habla tú mal de la plebe.

ESCENA XIV

DICHOS. CLAUDIO, NORBERTO y ANTONIO.

IGNACIA. (*A Claudio, abrazándole.*)

Hijo mío, qué bueno eres.

CLAUDIO.

Madre, ¿estás contenta?

ANTONIO. (*Que viene por el fondo.*)

¿Qué tumulto es ese? (*Al Conde.*) ¿Lo ve usted? ¡Una huelga! Si lo he dicho; si estos hombres no saben lo que es tratar obreros.

NORBERTO.

Sal, hijo mío; quieren verte.

JOSÉ RAMÓN.

Quieren entrar.

CLAUDIO.

Que les abran las puertas.

ANTONIO.

¿Te has vuelto loco? ¡Qué disparate!

MANOLITA É IGNACIA.

¡Que entren! ¡Que entren!

CONDE.

Eso es. ¡Adelante!

TODOS

¡Que entren! ¡Adelante!

MANOLITA. (*Abrazando á Claudio.*)

José Ramón, abraza á tu hermano.

CLAUDIO. ¡José Ramón,

¡Manolita!

MANOLITA.

Todos te quieren; todos te queremos.

ANTONIO.

¿Pero qué es esto?

CLAUDIO.

Ya lo ves... ¡Que hoy están todos contentos en esta casa!

(*Vanse todos hacia el fondo, menos* Claudio. *La gritería en el jardín arrecia. Se oyen vivas. Todos desde la terraza contestan á los obreros.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Gabinete de Manolita. A la derecha una puerta. A la izquierda una ventana grande sobre el jardín. Al fondo, puerta. Junto á la ventana una mesa con varios libros y un quinqué de pantalla roja; está encendido; única luz que habrá en escena. A través de la ventana suave claridad nocturna.

ESCENA PRIMERA

CONDE *y* ANTONIO.

(Mientras Antonio *habla machacón, el* Conde *con aire soñoliento y malhumorado va cambiando de sitios y mostrando su impaciencia.)*

ANTONIO.

Aquí están las consecuencias de no seguir mis consejos; esta casa se desquicia, esta casa se hunde: hogar, fábrica, todo.

CONDE.

Antonio, no me hable usted de hundimientos; no me ponga usted nervioso.

ANTONIO.

No; si yo no soy el culpable de ello; si no oyeron mi voz, si no sirvió de nada mi experiencia. Su hija de usted siempre sola, abandonada siempre de su marido... su hija de usted es muy desgraciada.

CONDE.

¡Antonio! También yo soy un desgraciado.

ANTONIO

Todos, aquí todos somos desgraciados: mi hermano, mi sobrino Claudio, esa pobre criatura..... sólo José Ramón vive, goza, triunfa, indiferente á todo, siempre errante por el mundo, vagando eternamente, eternamente vago. ¿De quién habrá sacado mi sobrino semejantes costumbres? ¿No vió á su padre, no ve á su hermano, no me ve á mi mismo?

CONDE.

Se marchará por eso: por no verle, por no oirle.

ANTONIO

Es verdad; á mí nadie me oye. Yo clamo en el desierto; y antes que verlos á todos sumidos en la desgracia, estoy resuelto, completamente resuelto... comprendo que mi determinación es grave, pero yo... yo me marcho.

CONDE.

¿Se marcha usted?

ANTONIO.

Para siempre. Ellos me llamarán, ellos acudirán al tío Antonio, pero entonces también el tío Antonio se hará el sordo.

CONDE.

Yo envidio á los sordos.

ANTONIO.

Puede usted envidiarlos, porque usted igual que yo por todos se desvive, usted igual que yo se desvela.

CONDE.

No; si yo no estoy desvelado. Es que esperamos al médico. Quedó en volver á las once. Mi nietecita, mi pobre nietecita, se nos muere.

ANTONIO.

¿Lo ve usted? Todos, todos.

CONDE.

Hombre, sí: todos nos moriremos.

ANTONIO.

¡Si hubieran escuchado mis advertencias!

CONDE.

Un angelito tan pequeño ¿cómo iba á escuchar sus advertencias? ¿No le basta á usted que las escuche el abuelo?

ESCENA II

CONDE, ANTONIO é IGNACIA.

(Que sale por la puerta lateral.)

CONDE.

¿Cómo está?

IGNACIA.

Ahora duerme, pero la fiebre es alta. ¿El doctor no vino?

CONDE.

Vendrá pronto; van á dar las once.

IGNACIA.

El angelito se durmió llamando á su padre.

CONDE.

¡Ignacia!

ANTONIO.

Su padre está en París.

IGNACIA.

Le dijimos que traería muchos juguetes, que había ido á buscarle muchos juguetes. Así la engañamos.

CONDE.

Así nos engañamos nosotros mismos.

IGNACIA.

Y entre sueños, en el ardor de la calentura llama á su tío. ¡Tío Claudio, tío Claudio! ¡Le quiere tanto!

ESCENA III

CONDE, IGNACIA, ANTONIO *y* NORBERTO.

(*Que sale por el fondo.*)

NORBERTO.

¿Cómo está Nola?

IGNACIA.

Lo mismo.

NORBERTO.

¿Y Manolita?

IGNACIA.

Allí la tienes; no hay quien la separe del lado de su hija.

NORBERTO.

Tres noches sin dormir.

IGNACIA.

Ahora mismo insistí. Inútil todo. Cuando Nola se duerme, ella se rinde también, inclina la cabeza sobre la cuna.

NORBERTO.

Y de José Ramón, sin noticias.

IGNACIA.

Sin noticias. ¡Pobre hijo mío! Ignorante de todo. El, tan padrazo, él, tan bueno.

NORBERTO.

Claudio telegrafió esta tarde á nuestro corresponsal en París. Espera respuesta de un momento á otro.

CONDE.

Pues entonces tranquilicémonos. Os apuráis por nada. Lo de Nola, no vale la pena, y á ese pobre muchacho le dais un susto. El, que ha ido á París á comprarle juguetes.

NORBERTO.

Para José Ramón, la vida es un juguete.

ESCENA IV

CONDE, IGNACIA, NORBERTO y CLAUDIO.

CLAUDIO.

Acabo de recibir noticias.

IGNACIA Y NORBERTO.

¿Qué hay?

CLAUDIO.

José Ramón salió de París.

IGNACIA.

¿Salió ya? Naturalmente; si este hijo mío no uede estar separado de la familia ni cuatro días.

CLAUDIO.

Salió en el Panard nuevo.

NORBERTO.

¡En automóvil!

ANTONIO.

Lo que el Conde dice: fué á comprar juguetes.

IGNACIA.

Cállate; conozco á mi hijo. Pobre hijo mío; esto es que supo algo, que sospechó algo, y con su genio no tuvo paciencia para esperar la hora de salida del primer tren.

NORBERTO.

¿Pero salió hacia España?

CLAUDIO.

No lo sé; no lo dicen.

NORBERTO.

Este muchacho ¿por qué no avisa á dónde va, cuándo viene?

CONDE.

Sería ponernos en cuidado.

IGNACIA.

Esto para él es un paseo. Voy á decirle á Manolita...

CLAUDIO.

No; á Manolita no le digas nada; es mejor que no sepa nada; al fin y al cabo no sabemos si José Ramón...

IGNACIA.

¡Oh! Saber... por sabido. ¡José Ramón!

CLAUDIO.

José Ramón habló de ir á Bruselas quince días á visitar... camaradas, amigos..., y es posible...

NORBERTO. *(A Ignacia.)*

¿Lo ves tú? Esta vida volandera...

IGNACIA.

No exageres.

NORBERTO.

Esto de tomar su casa como apeadero, como *garage* del automóvil.

IGNACIA.

¿Lo ves cómo exageras? Aquí estuvo sin moverse de casa un mes seguido.

NORBERTO.

Reponiendo averías.

IGNACIA.

¡Norberto!

NORBERTO.

Ahora hablo de la máquina.

ANTONIO.

Yo me voy.

CONDE.

¿Para siempre, Antonio?

ANTONIO.

Hasta más tarde. Vendré temprano. Sabe usted que sin mí...

CONDE.

Ya, ya; no hay tresillo posible en el casino.

ANTONIO.

Si algo ocurre, no dejen de avisarme. Al momento lo dejo todo.

CONDE.

Hombre, por Dios.

ANTONIO.

Amigo mío: créame usted; en casos como este la familia suele ser un estorbo para el enfermo.

CONDE.

Y el enfermo otro estorbo para la familia.

ANTONIO.

Pronto vuelvo.

(Vase.)

ESCENA V

CLAUDIO, *el* CONDE, IGNACIA, NORBERTO *y* MANOLITA.

(Que se presenta lentamente por la puerta lateral.)

IGNACIA.

¿Ocurre algo?

MANOLITA.

Duerme.

IGNACIA.

Descansa.

MANOLITA.

Me alarma este sueño.

CLAUDIO.

Déjala dormir; es alivio, es que remite la fiebre.

IGNACIA.

Siéntate aquí.

CLAUDIO.

(Abriendo la ventana del jardín.)

Respira un poco.

CONDE.

Calma, hija mía; mírame á mí; tú eres su madre, yo soy su abuelo... Lo de Nola no es nada absolutamente nada... Cosas de los médicos. No te asustes, no te alarmes... Aprende de tu marido aprende de José Ramón. Su serenidad es admirable.

MANOLITA.

¿Se supo algo? ¿Hubo telegrama?

IGNACIA.

¿Vas á alarmarte también?

MANOLITA.

Hace tres días sin saber nada.

NORBERTO.

Tú ya sabes que José Ramón va y viene sin avisar; es su carácter.

CONDE.

Eso: hay caracteres que nunca avisan.

IGNACIA.

Además, él goza con entrar de repente y sorprendernos.

CONDE.

Es verdad, siempre que llega quedamos todos tan sorprendidos.

IGNACIA.

Qué cosas dices, Pepe.

CONDE.

Tú las dices y yo las confirmo. Ya sabes que no me gusta llevaros la contraria.

MANOLITA. *(Levantándose.)*

Voy con Nola.

IGNACIA.

Yo iré; tú descansa, descansa.

(Vase Ignacia *por la derecha.)*

CONDE.

Voy también á verla.

MANOLITA.

No hagas ruido.

CONDE.

Hija mía ¿no quieres que yo entre? ¿no quieres que el abuelito la vea?

MANOLITA.

¡Pero, papá!

NORBERTO.

¡Pero, Pepe!

CONDE.

¡Que no entro!... ¡que no entro! Yo me comeré todo el paquete de caramelos.

(*Saca un paquete de caramelos.*)

MANOLITA.

¿Qué ibas á hacer?

NORBERTO.

Pero hombre, ¿ibas á darle...?

CONDE.

No... no; es ella, que me los pide.... ¡Angelito mío! Ayer me pidió cerezas... ¡Cerezas, abuelito, cerezas!

NORBERTO.

Y serías capaz...

CONDE.

Norberto..., envidia. (*A Claudio.*) Tu padre tiene envidia porque Nola me quiere... Pues entro, entro. Podéis registrarme, podéis tratarme como matutero. Yo entro, entro. ¡Yo soy su abuelo!

NORBERTO.

Voy también; estáte tranquila.

(*Vanse el* Conde *y* Norberto *por la derecha.*)

ESCENA VI

CLAUDIO *y* MANOLITA

(Manolita *pase junto á la ventana; mira la noche.* Claudio *se retira al fondo del gabinete. Un largo silencio.*)

MANOLITA.

(*Que sigue en la ventana, mirando al jardín. Con voz de desgarro.*)

¡Señor, Señor, que no se muera!

CLAUDIO.

(*Sin moverse del fondo.*)

Por Dios, Manolita.

MANOLITA.

¡Ah! Claudio... ¿Eres tú?

CLAUDIO.

Ten calma. (*Otro silencio muy largo.*)

MANOLITA.

Claudio, ¿ves qué pronto llegaron para mí las grandes amarguras de la vida?

CLAUDIO.

(Siempre en el fondo.)

Llegan para todos, Manolita. *(Otro silencio.)*

MANOLITA.

¿Trabajaste hoy?

CLAUDIO.

¿Hoy?... Un poco.

MANOLITA.

Pues desde mañana... yo no quiero que por mí, por nosotros...

CLAUDIO.

(Con leve exaltación.)

Si no podría. Me parece que no tengo corazón para los grandes dolores humanos; los veo, acudo á auxiliarlos, si pueden ser auxiliados, prodigo frases de vulgar consuelo... sentiré compasión, sentiré lástima... pero la tortura, el sufrimiento... el propio dolor ante el dolor ajeno... no le sentí hasta ahora, al lado de esa cuna... No llores, no llores.

MANOLITA.

¿Se salvará?... ¿Qué hora es?... ¿Y el médico no viene? Si tarda, irás tú... ¿irás tú á llamarle?

CLAUDIO.

Y le traeré; no te atormentes. Verás cómo dice don Agustín que Nola está mejor.

MANOLITA.

¿Tú tienes esperanza?

CLAUDIO.

¡Esperanza!

MANOLITA.

¿Pero la tienes?... ¿Dí?...

CLAUDIO.

Si no la tuviera...

MANOLITA.

¡Si no la tuvieras!... Pues dame esa esperanza que tú tienes, dime que se salvará, dímelo, Claudio. Ella es mi vida, es todo, todo lo que tengo en el mundo...

CLAUDIO.

¡Manolita!

MANOLITA.

Todo, todo, Claudio.

CLAUDIO. (*A sí mismo en voz muy baja.*)

¡José Ramón! ¡José Ramón!

ESCENA VII

CLAUDIO, MANOLITA, CONDE y NORBERTO.

CONDE. (*Muy risueño; tocando castañetas.*)

Ya está buena, ya está buena. Mañana se las doy; mañana los dos, un puñado de ellas.

MANOLITA.

Sigue...

NORBERTO.

Tranquila; debemos tranquilizarnos todos.

CONDE. (*A Claudio.*)

Díme, hombre: ¿tú qué haces para que esa chiquilla te quiera tanto? Dímelo.

CLAUDIO.

¿Qué he de hacer? Quererla.

CONDE.

Vamos... no me lo niegues... Claudio... ¿Le das cerezas?

LIBORIO.

Aquí viene don Agustín.

MANOLITA.

Que pase.

ESCENA VIII

DICHOS Y AGUSTÍN.

AGUSTÍN.

Muy buenas noches, señores.

NORBERTO.

Doctor, le estábamos esperando.

AGUSTÍN.

Déjenme tomar aliento. Señor conde, ¿cómo va ese retoño?

CONDE.

Muertecita de hambre.

AGUSTÍN.

¡Ay! Si matase el hambre veríamos los muertos en mitad de la calle. Al contrario: el hambre es

el gran estimulante de la vida. Observe usted un zángano: por zángano que sea, al sentirse hambriento, lucha, trabaja, revive; el hambre le vuelve á la vida, el hambre es ley de la vida.

CONDE.

¡Bravo! Este doctor, lo que sabe.

AGUSTÍN.

Poco, muy poco, pero lo repito mucho.

MANOLITA.

Sí, sí, vamos.

NORBERTO.

Id vosotros; yo me quedo; tanta gente...

CONDE.

¿Eso lo dices por mí? ¿Para que yo no entre?

(*Vanse* Claudio, Manolita *y* Agustín *por la derecha.*)

ESCENA IX

CONDE *y* NORBERTO.

NORBERTO.

Entra, entra.

CONDE.

No entro, no entro... Estáis haciendo creer á todo el mundo que Nola está muy mala para que yo no la vea.

NORBERTO.

Hombre, por Dios.

CONDE.

Sí, señor. Vais á conseguir que hasta el médico lo crea. Pero á mí no me engañáis vosotros.

NORBERTO.

¿Engañarte?

CONDE.

Entre todos acabaréis por ponerla mala de veras.

NORBERTO.

Yo la veo muy mal, Pepe.

CONDE.

¿Tú, qué sabes? Si tú por dar un susto, eres capaz de sostenerme que se está muriendo.

NORBERTO.

Pues sí; lo temo todo. Nola se nos muere.

CONDE.

¿Que se muere?..... ¡Pues no faltaba otra cosa! Así se muere la gente. Por supuesto que á su padre le dais el susto. ¡Pobre muchacho! Fué crueldad telegrafiarle de aquella manera: Nola grave... ¿Pero quién, quién ha dicho que Nola estuviese grave?

NORBERTO.

Menos tú, todos.

CONDE.

Sí; todos en contra mía. Pues yo soy tan abuelo como tú, y la quiero tanto como tú, y no la veo tan grave como tú.

NORBERTO.

¡Pobre Manolita!

CONDE.

Pobre Manolita. Poco á poco... A eso sí que me opongo. Se os puso entre ceja y ceja que Manolita es desgraciada. Vais á hacerle creer á todo el mundo que es muy desgraciada; ella misma va á creerse desgraciada. Y todo ¿por qué? Por que á su marido de cuándo en cuándo se le ocurre dar una vueltecita por el mundo.

NORBERTO.

Al revés, Pepe. De cuando en cuando se le ocurre dar una vueltecita por su casa.

CONDE.

Otra exageración; como la gravedad de Nola.

ESCENA X

CONDE, NORBERTO, CLAUDIO, IGNACIA y AGUSTÍN.

AGUSTÍN.

Notable mejoría.

CLAUDIO.

¿Se salvará, Doctor?

AGUSTÍN.

¡Quién sabe!

NORBERTO.

Pero usted cree...

AGUSTÍN.

Creo que si la convulsión no repite esta noche, la gravedad habrá desaparecido. De todos modos, tranquilidad; la mejoría es indudable; el sueño reparador da esperanzas. Ustedes deben descansar. Tranquilidad, descansen. Hasta mañana.

(*Vanse* Claudio, Ignacia *y* Agustín.)

ESCENA XI

CONDE *y* NORBERTO.

NORBERTO.

Esta mejoría nos da la vida á todos.

CONDE.

Pues mira tú, Norberto, á mi no me gusta.

NORBERTO.

Pero Pepe, ¿no has oído?

CONDE.

¿Pues, qué quieres? A mí esto no me gusta.

NORBERTO.

Vaya; eres imposible.

CONDE.

Nada; te aseguro que Nola está muy grave.

NORBERTO.

Ahora, cuando el médico dice...

CONDE.

Cuando el médico dice que mejora, ya me tienes á mí temblando. Hoy no duermo.

NORBERTO.

Pues hoy es cuando yo descanso.

CONDE.

¿Hoy precisamente? ¡La noche de más peligro ¡Qué abuelo, qué abuelo!

NORBERTO.

Así somos los abuelos.

CONDE.

Pobre Manolita. ¡Qué desgraciada! Y ese muchacho, ese marido... ¡Una locura, una locura!

ESCENA XII

CONDE, NORBERTO *y* CLAUDIO.

CLAUDIO.

Señores, á descansar los abuelos; á dormir todos.

NORBERTO.

¿Y tú, hijo mío?

CLAUDIO.

Yo aquí mismo, en cualquier parte, con un momento de reposo, basta.

NORBERTO.

Después serás tú el enfermo. Tantas noches en vela y el día entero en la fábrica; tú solo.

CLAUDIO.

José Ramón llegará pronto.

CONDE.

Cuando yo era joven hacía lo mismo.

NORBERTO.

Lo mismo que José Ramón.

CLAUDIO.

Obedezcan; descansen.

CONDE. (*Del brazo de Norberto.*)

Vámonos, vámonos... Norberto, Norberto, este hijo tuyo es un hombre... ¡un hombre! Nuestra nieta le quiere más que á nosotros. (*Soltándose de* Norberto.) Claudio ¿tú... me dejas entrar á darle un beso?

CLAUDIO.

Estará durmiendo.

CONDE.

(*Volviéndose frente al cuarto de Nola canturreando una nana.*)

Duérmete nena... Ja, ja, ja... Y Manolita, que descanse, oblígala tú. (*A Claudio.*) Tú puedes obligarla. A ti te obedece, á ti te respeta... Ríñela, ríñela. Y cuando llegue ese loco, ríñele, ríñele... (*Volviéndose otra vez frente al cuarto de la niña enferma.*) *Duérmete nena*... Ja, ja, ja. (*Cogiéndose del brazo de* Norberto, *y*

narchando los dos hacia el fondo.) Norberto ¿te acuerdas tú de esto? *Duérmete nena... que viene el coco...*

(Vanse los dos abuelos, cogidos del brazo, por el fondo. El canto de la nana se desvanece lento.)

ESCENA XIII

CLAUDIO. *Después* LIBORIO.

(Después de perderse el canto del abuelo. Con calma grande; con voz baja, casi misteriosa.)

CLAUDIO.

A ti te obedece... A ti te respeta. ¿Por qué me dice eso?... ¿Por qué lo dicen todos? ¿Por qué me obedece, por qué me respeta?... Claudio, Claudio, ¿por qué te lo dicen?

(Llama á un timbre. Hay una pausa.)

LIBORIO.

¿Llama el señorito? ¿Cierro todo?

CLAUDIO.

Oye, Liborio: andarás por aquí cerca; si ocurre algo, vas á llamarme; estaré en mi cuarto. No me acuesto. Si no estoy, vete al jardín, junto á las acacias. No cierres el portón. En cuanto aquí oigas algo...

LIBORIO.

Descuide usted, señorito. (*Vase* Liborio.)

CLAUDIO.

(*Escucha sigilosamente á la puerta del cuarto.*)

Duermen... Vámonos.

(*Da vuelta á la llave de la luz, y el gabinete queda á oscuras. Vuelve á escuchar á la puerta del cuarto de la niña. Vase hacia el fondo; al llegar á la puerta, sal* Manolita *por la derecha.*)

ESCENA XIV

CLAUDIO *y* MANOLITA.

MANOLITA.

¿Quién anda ahí? (*Silencio.*) ¿Quién es?...

CLAUDIO. (*En voz baja.*)

Yo.

MANOLITA.

¡José Ramón! ¡José Ramón!...

CLAUDIO.

(*Encendiendo otra vez el quinqué.*)

Yo, Manolita.

MANOLITA.

¿Tú?... ¡Claudio!

CLAUDIO.

Creí que dormíais.

MANOLITA.

¡Dormir! Sí; todo esto parece un sueño.

CLAUDIO.

Despertarás; despertaremos. Y vendrán otra vez días dichosos como aquellos... para todos, sí, Manolita, para todos.

MANOLITA.

(Con profundo cariño: tristemente.)

Claudio ¿por qué no descansas? Mira: hoy vas á ser tú el que obedezcas. Llevas muchas noches en vela.

CLAUDIO.

Sí, en un sofá, en cualquier parte... con un par de horas que duerma...

MANOLITA.

Luego todo el día trabajando...

CLAUDIO.

Aquí me quedo. Ya lo sabes. Descansa tú, criatura. Descansa; Nola está mejor; don Agustín ha dicho que se pondrá buena. ¡Pronto, pronto! Volverá á jugar conmigo en el jardín, sí, volverá á meterse callandito en mi escritorio, sí, volverá á pedirme que le enseñe la maquinaria, y se la enseñaré, aunque te asustes, aunque me riñas... Bajará á la fábrica con el tío Claudio.

MANOLITA.

No, no; ya no bajará nunca, ni contigo... ni con nadie.

CLAUDIO.

No digas eso.

MANOLITA

(Dirigiéndose hacia el cuarto.

Ni contigo, ni con nadie.

CLAUDIO.

Bajará, jugaremos...

MANOLITA.

(Entrando en el cuarto.

Nunca... nunca.

ESCENA XV

CLAUDIO.

(Sentándose al lado de la mesa. Siempre en voz apagada.)

Nunca, ~~nunca~~. Palabra punzadora, eterna palabra de mi vida. La primera que sale de mis labios al despertar, ~~cada mañana~~; la última que repito cuando el trabajo me rinde al sueño. La que pronuncio siempre, ~~siempre~~: nunca... nunca.

(Reclina la cabeza sobre la mesa.)

ESCENA XVI

CLAUDIO *y* MANOLITA.

MANOLITA.

(Desde la puerta. Hablando muy bajo.)

Psss... Claudio... ¿Ves como te rinde el sueño? Vete. Nola sigue tranquila. Descansa, hombre, descansa.

CLAUDIO.

No voy; no puedes quedarte sola.

MANOLITA.

¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

CLAUDIO.

Calla...

(Los dos escuchan con angustia, mirando al cuarto de la niña. De repente, Manolita *vase hacia dentro precipitada.* Claudio *escucha. Escucha, y luego se sienta junto á la mesa, coge un libro; lo deja; lo vuelve á coger, lo abre, pasa hojas distraído. La luz roja ilumina el libro y el rostro del actor. Párase en una página: lee, pausadamente.)*

ESCENA XVII

CLAUDIO. *(Leyendo.)*

«¡Qué horas las de aquella noche! En ellas no pasaba nada, y, sin embargo, transcurrían llenas de interés, como los años de la historia preñados de pasmosos acontecimientos.»

«Lo que allí pasaba era un dramita, la muerte de un ser pequeño, una catástrofe menuda de esas que no tienen ningún eco en el mundo, porque no le arrebatan ni hombre grande ni mujer útil, pero que llenan de turbación y congoja á las familias. En pos de aquella muerte no vendría orfandad, ni viudez, ni ruinas, ni herencias, ni trastornos, ni

siquiera luto, no habría sino un episodio más de la eterna hecatombe de chiquillos con que la Providencia, matándoles en la puerta de la vida, llena de aflicción á las madres. Parece que es necesario recortar todos los días á la raza humana, codiciosa de crecer demasiado» (1).

(Pausa. Con aire de ensueño.)

¡Qué página tan extraña!... ¿Es que leo?... ¿Es que deliro?

(Cierra el libro; lee el tejuelo del lomo.)

La familia de León Roch... Otra, otra, otra familia... La familia siempre... siempre; nunca, nunca.

(Vuelve á abrir el libro.)

«¡Hija de mi corazón! — exclamó la madre. — ¿Por qué te mueres?... ¿Por qué me dejas sola, tan sola como estoy... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Virgen de los Dolores! ¿por qué me quitáis á mi niña, lo único que tengo?»... (2)

(Mirando hacia el cuarto y cerrando el libro. Con voz opaca.)

¿Quién habla aquí?... ¡Lo único que tengo! ¿Por qué me dejas sola? ¡Oh! ¡José Ramón, José Ramón! ¿Por qué la dejas sola? ¿Por qué nos dejas solos?

---

(1) PÁGINA DE GALDÓS. (La Familia de León Roch).—(Madrid, 1884).—Segunda parte. Capitulos IV y V.

(2) Id. Cap. IV.

ESCENA XVIII

CLAUDIO *y* MANOLITA.

MANOLITA.

(Con mucha agitación.)

Claudio, hermano mío.

CLAUDIO.

¿Qué ocurre? ¿qué sucede?

MANOLITA.

Yo misma no lo sé; tengo miedo, un miedo horrible.

CLAUDIO.

¿No sigue tranquila?

MANOLITA.

Pues eso, su tranquilidad misma me da miedo.

CLAUDIO.

(Cogiéndole las manos con cariño.)

Cálmate, ~~serénate criatura~~. Aquí estoy yo; ~~no me iré de aquí~~. Estoy á tu lado, estoy contigo.

MANOLITA.

Tú también sufres. No lo niegues. ¿Verdad que también sufres? ¿Verdad que también temes?

CLAUDIO.

Yo no temo..., ~~yo no temo~~ nada. Yo no temo nunca. Es el cansancio, es la noche. La noche agranda los temores; cuando amanezca, verás como los temores se desvanecen. Ven, respira aquí un momento el aire de la noche. Abrasan tus manos.

(*Llevándola junto á la ventana que estará abierta.*)

MANOLITA.

Déjame, Claudio.

CLAUDIO.

Siéntate aquí. Yo iré con ella.

MANOLITA.

No puede ser. Si dispertase y no me viese á su lado... Oye: Nola te quiere mucho. Debe soñar contigo. Te llamaba entre sueños: tío Claudio, tío Claudio...

CLAUDIO.

¡Manolita!... ¡Nola, Nola mía!

MANOLITA.

¿Lo ves? Temes, temes.

CLAUDIO.

Serenidad. Dios quiere que suframos. Sólo en el sufrimiento se hacen fuertes las almas. Suframos, Manolita.

MANOLITA.

Los dos sufrimos.

CLAUDIO.

Vete. Que no despierte sin ti.

MANOLITA.

No te vayas; no me dejes sola. *(Marchando hacia el cuarto.)* Temo el amanecer: la llegada del nuevo día *(Entra en el cuarto.)*

ESCENA XIX

CLAUDIO *y* JOSÉ RAMÓN.

(Claudio *va un momento á la ventana. Vuelve á coger el libro; lo deja con ademán de dolor. Se sienta. Entra* José Ramón *por el fondo.*)

JOSÉ RAMÓN.

Claudio.

CLAUDIO.

¡José Ramón!

JOSÉ RAMÓN.

¿Qué pasa? Liborio me ha dicho...

CLAUDIO.

(*Poniéndose rápidamente entre* José Ramón *y la puerta del cuarto. Toda la escena á media voz, reprimiendo la expresión acalorada.*)

Está mejor. Espera. Pasó el peligro. No entres ahora; están durmiendo.

JOSÉ RAMÓN.

¿Y tú?

CLAUDIO.

Velando.

JOSÉ RAMÓN.

¿A quién? ¿A la niña?

CLAUDIO.

Y á la madre.

JOSÉ RAMÓN.

Vamos; háblame claro:.. Manolita, ¿está enferma?

CLAUDIO.

Está sola.

JOSÉ RAMÓN.

¡Ah! Ya empezamos.

CLAUDIO.

No; ya concluímos.

JOSÉ RAMÓN.

Perfectamente: concluyamos. Yo no vengo á mi casa para oirte. Hasta mañana.

(*Disponiéndose á entrar en el cuarto.* Claudio *le cierra el paso*).

CLAUDIO.

No entres; no los despiertes. Tú no vendrás para oirme, pero yo te esperaba para hablarte.

JOSÉ RAMÓN

Basta, Claudio: sabes que aborrezco escenas violentas. Mira con quien hablas; distingue entre tu hermano y un obrero de la fábrica.

CLAUDIO.

Mi hermano, los obreros, nuestra fábrica..... Calla, calla. Toda mi vida, todas mis ilusiones en esas palabras.

JOSÉ RAMÓN.

Pues ahí las tienes todas tus ilusiones. ¿De qué te quejas? ¿Qué te falta?

CLAUDIO.

Una.. , esa me falta. La que tú me quitaste para luego dejarla y abandonarla... Esa, esa me falta.

JOSÉ RAMÓN.

Claudio..., ni aun siendo quien eres te consiento...

CLAUDIO.

Si no habías de quererla, si habías de abandonarla..., ¿por qué me la arrebataste?

JOSÉ RAMÓN.

Basta ya. Mañana hablaremos. Vamos á despertarlos. Estarás más tranquilo. Mañana hablaremos.

CLAUDIO.

Mañana no; ahora mismo.... ahora mismo. Cosas de estas yo no las dejo nunca para mañana. Yo voy á hacer un sacrificio: marchar, dejaros, dejarla. Pero tú vas á hacer otro: quererla siempre, no abandonarla nunca... Este es tu puesto; de aquí ya no marchas nunca... Si tú no la quisieras... si tú la abandonaras..., yo vuelvo.

JOSÉ RAMÓN.

(Abalanzándose sobre Claudio.)

¡Oh!

CLAUDIO.

(Siempre en voz casi ronca.)

Te mato, José Ramón; te mato.

JOSÉ RAMÓN.

¿Eres tú el noble? ¿Eres tú el bueno?

CLAUDIO.

Porque soy el bueno; porque soy el noble te hablo como te hablo. Yo la quería... ¿no te lo dije?

JOSÉ RAMÓN.

A mí sí; pero á ella... ¿se lo dijiste?

CLAUDIO.

Yo cumplo mi palabra: no se lo dije nunca, no o sabrá nunca. Yo cumplo mi palabra.

JOSÉ RAMÓN.

Entonces... tú temes... no; presientes... tampoco...

CLAUDIO. (*Amenazándole.*)

¿Qué vas á decir? ¡No lo digas!

JOSÉ RAMÓN.

¿Esperas?...

CLAUDIO.

José Ramón... ¡eres un canalla!

(*Arrojándose sobre él en actitud de pegarle.*)

MANOLITA.

(*Dentro. Con grito desgarrador.*)

¡Claudio, Claudio!

JOSÉ RAMÓN.

Ella ¿te llama?

CLAUDIO.

¡¡A quién ha de llamar!!

MANOLITA.

(Dentro.)

¡Claudio, Claudio!

JOSÉ RAMÓN.

Escúchala.

CLAUDIO.

José Ramón... ¡eres un canalla!

MANOLITA.

(Presentándose en la puerta del cuarto, demudada, descompuesta.)

¡Claudio!... ¡José Ramón! Socorro... ¿Qué es esto?... Se muere, se muere.

CLAUDIO. *(A José Ramón.)*

Vete, vete.

(Vanse José Ramón y Manolita.)

¡Dios mío!... ¿para qué lo noble, para qué lo bueno?

Vacila un momento y al fin entra en el cuarto.

ESCENA XX (1)

CONDE.

(Que viene soñoliento por el fondo.)

¿Qué voces fueron esas? ¡Claudio!... ¡Hija mía!... Yo soñaba..., yo soñaba que Nola se moría... Todos duermen; sin duda, yo también dormía... Todos duermen... *(Va hacia el cuarto.)* Duérmete nena... que viene el coco...

(Entra en el cuarto cantando la nana. Se desvanece su voz. La escena queda un momento sola.)

---

(1) Esta escena se suprimió en las representaciones del Teatro de la Comedia.

TELÓN

ACTO CUARTO

Despacho de *Claudio* en la fábrica. En el fondo grandes ventanales encristalados, que llegan casi al suelo, de manera que se vea claramente el patio de la fábrica y la fábrica misma: chimeneas, gruas, etc. En este mismo patio una portada amplia que da acceso á la fábrica. Desde la portada, cruzando el fondo de la escena una calle de árboles. En el despacho, á la izquierda, una puerta. Un tablero con planos, compases, cartabones, escuadras, etc. Por el suelo rollos de papel, carpetas. En el fondo un diván y algunas sillas. Es el anochecer. En el interior poca luz; en el patio claror rojizo, de crepúsculo.

ESCENA PRIMERA

NORBERTO *y* CONTRAMAESTRE.
Después CLAUDIO.

NORBERTO.

¿Tú sabes algo?

CONTRAMAESTRE.

Ni esto.

NORBERTO.

¿A ti no te dijo...?

CONTRAMAESTRE.

Ni palabra.

NORBERTO.

No me engañes, no mientas.

CONTRAMAESTRE.

Señor: treinta años le serví. ¿Cuántas veces mentí yo? Que yo no miento, señor.

NORBERTO.

Es verdad. Pero tú, á mi hijo, le quieres tanto...

CONTRAMAESTRE.

¡Quererle!... El señor, ¿manda algo más?

NORBERTO.

¿Hoy vino aquí, á su escritorio?

CONTRAMAESTRE.

Hace cuatro días que ni verle apenas. Desde qu murió la niña, el amo es otro hombre... ¡Otr hombre!... Cosas, cosas.

NORBERTO.

Tienes razón; es verdad. *(Silencio.)*

CONTRAMAESTRE.

El señor, ¿manda algo más?

NORBERTO.

Puedes irte.
(El Contramaestre *va hasta la puerta y de pronto vuelve.)*

CONTRAMAESTRE.

Señor...

NORBERTO.

¿Qué quieres?

CONTRAMAESTRE.

Señor...

NORBERTO.

Que mentiste.

CONTRAMAESTRE.

Que mentí.

NORBERTO.

Cuenta.

CONTRAMAESTRE.

El amo... se nos va.

NORBERTO.

¿Sabes tú...?

CONTRAMAESTRE.

Que se nos va. Y detrás de él me voy yo.

CLAUDIO.

(Parándose en la puerta.)

Padre... Feliciano... ¿Qué haces aquí?

CONTRAMAESTRE.

¿Qué hago aquí? Lo que no hice nunca: ser desleal.

CLAUDIO.

¿Tú?

NORBERTO.

Yo. Silencio, Claudio; fuí yo.

CONTRAMAESTRE.

Una vez, sólo una vez. *(Vase.)*

ESCENA II

CLAUDIO *y* NORBERTO.

CLAUDIO.

¿Qué te dijo?

NORBERTO.

Que te vas.

CLAUDIO.

¡Padre!

NORBERTO.

Lo que sospechaba ya.

CLAUDIO.

Irme, sí ¿pues qué he de hacer?

NORBERTO.

Yo, con mis años, volver á este sitio, volver á mi puesto... Cuando yo haya muerto, esta casa, la obra de mi vida, toda mi vida sacrificada por vosotros, que venga á tierra; pero mientras tu padre viva..., mientras tu padre aliente, esta casa no se hunde.

CLAUDIO.

¿Por qué me hablas así? ¡Padre mío! ¿qué quieres que haga yo? ¿Quieres que no marche? Dímelo tú, mándamelo tú, y aquí me quedo. Yo te obedezco, Padre: manda; manda; di: no marches. Dilo; dilo. Yo obedezco.

NORBERTO.

Claudio... Hijo de mi alma.

CLAUDIO.

Tu obra, era mi obra; tu vida aquí, también era mi vida, mi vida rota para siempre. Ya no es por mí; yo que supe una vez sacrificarme, sabría cien veces sacrificarme. Yo, aquí dentro, en ese sitio, dejando que me arrolle el vértigo del trabajo, llevando siempre de frente, siempre adelante y siempre solo tu obra, podría vivir limpio de culpa, limpia la conciencia; vida triste, pero vida honrada. Yo á ella la quiero, la quise siempre, vosotros lo sabéis, á vosotros os lo dije. Sí, Padre, sí ¡la quiero, la quise!... Pero triunfé de mí mismo un día..., y desde aquel día triunfo sobre mí mismo todos los días de mi vida.

NORBERTO.

Eso es lo noble, eso es lo honrado, lo único digno del hombre fuerte. Te reconozco en ello. ¿Por qué vacilas? ¿Por qué temes? ¿Por qué huyes?

CLAUDIO.

Por ella.

NORBERTO.

¿Ella?... *(Pausa.)* Claudio, hijo mío; la verdad, me debes la verdad.

CLAUDIO.

La verdad siempre. ¿Hay algo en mi vida que mi padre no supiera? Pregunta.

NORBERTO.

Tú, á ella ¿le dijiste?

CLAUDIO.

Nunca; á ella no se lo dije nunca, no lo sabrá nunca.

NORBERTO.

Entonces..., tú temes..., tú sabes...

CLAUDIO.

Eso, eso, ... ¡Lo vi nacer la noche triste; nació la noche de la muerte!... ¡Padre mío, padre mío!

(Se abraza á su padre. Larga pausa.)

NORBERTO.

Claudio. ¿Te lo dijo ella... Manolita?

CLAUDIO.

No.

NORBERTO.

¡Claudio!

CLAUDIO.

No.

NORBERTO.

¿Cómo entonces?... ¿No te engaña el cariño?

CLAUDIO.

Pudo engañarme antes; no me engañó ni antes, ni ahora.

NORBERTO.

Es que algo hablásteis, algo te dijo.

CLAUDIO.

No; con los labios, no; con los ojos, sí... ¡Oh!

(Se deja caer en el diván, con la cara entre las manos, de espaldas á la puerta.)

NORBERTO.

Claudio, Claudio...

(Norberto *vase sollozando, lentamente.* Claudio *entre tanto continúa con la cabeza apoyada en las palmas de las manos.*)

ESCENA III

CLAUDIO.

(Sin abandonar su actitud de dolor, sin haber visto salir á su padre.)

Me voy, me iré; padre, me iré. Tu hijo fué noble, tu hijo fué bueno. Sacrificó afectos, cariños, por ti, por esta casa, por todos. Ser bueno. ¿Para qué lo bueno? Los caminos del bien suelen llevarnos al mal... ¿Será esta la ley? ¡Triste ley!... Ni el bien, ni el mal, se forjan como tú y yo forjamos aquí el hierro, siguiendo nuestro gusto y nuestro capricho... Al bien es inútil llamarle, porque no acude á donde le llaman. Acude á donde le place, á donde quiere ¿no es verdad, padre? Acude á donde quiere. Y, sin embargo, no hay más que una cosa: seguir honrado, limpio, bueno. No hay más que un triunfo, porque no hay más que un enemigo: uno mismo... Callas. *(Volviendo lentamente la cabeza.)* Padre... *(Levantándose.)* Padre... ¡Padre!... ¡¡Padre!!... Ya estoy solo; frente á frente de mi

mismo..... ¿Qué mejor ocasión? ¿Qué mayor triunfo?

(Coge un sombrero y un abrigo. Va hacia la puerta. Aparece en ella Manolita.*)*

ESCENA IV

CLAUDIO *y* MANOLITA.

MANOLITA.

¿A dónde vas?

CLAUDIO.

¿Y tú, á qué vienes?

MANOLITA.

Encontré á tu padre en el jardín; va como loco. Le pregunté por ti; siguió adelante, sin responderme.

CLAUDIO.

Adelante... adelante.

MANOLITA.

Claudio, Claudio. ¿Qué tienes? ¿Qué es esto?... Respóndeme.

CLAUDIO.

¿A qué vienes? Déjame salir, déjame marchar. Manolita, déjame, déjame.

MANOLITA.

¡Claudio! Vengo á decirte...

CLAUDIO.

Calla, calla.

MANOLITA.

Vengo á decirte que no te marches.

CLAUDIO.

¿Decirme tú?...

MANOLITA.

¿No puedo decírtelo?

CLAUDIO.

Sí, sí. Dímelo, repítelo... No me lo digas, no lo repitas.

MANOLITA.

No quiero que te vayas; no puedes irte, no puedes dejarnos.

CLAUDIO.

Espera... calma, calma... ¿Esta vida, puede ser mi vida? ¿Esta casa puede ser mi casa?

MANOLITA.

Tu casa, tu fábrica, tus padres...

CLAUDIO.

Sigue... sigue... ¿Lo ves como no sigues?... Mi casa, mi fábrica, mis padres, mi hermano...

MANOLITA.

¡Claudio!

CLAUDIO.

La mujer de mi hermano.

MANOLITA.

¡Dios mío!

CLAUDIO.

Llora, llora, te haces fuerte llorando: yo me haré fuerte huyendo.

MANOLITA.

¿Huir tú? ¿Sacrificarte? ¿Dejar tu vida? ¿Dejar tu obra? ¿Tú, todo, todo? No; yo antes. Marcharé con él; con mi padre...

CLAUDIO.

Imposible.

MANOLITA.

¿Imposible?

CLAUDIO.

¿Cómo vas á decirle: huyamos, José Ramón, huyamos de esta casa? ¿Puedes huir? ¿Puedes decirlo?

MANOLITA.

¿Y tú?

CLAUDIO.

¿Yo?

MANOLITA.

¿Puedes?... ¿Puedes decirlo?

CLAUDIO.

¿Para qué? Ya lo sabe, ya se lo dije.

MANOLITA.

¿Qué?... ¿Cuándo?

CLAUDIO.

Antes... antes.

MANOLITA.

Antes... ¿De modo que siempre...?

CLAUDIO.

No; nunca. Ven aquí; siéntate, hablemos con serenidad, seamos razonables.

MANOLITA.

Seamos razonables.

CLAUDIO.

¿Es que tú y yo podemos seguir viviendo en esta casa, juntos, engañando á todos, engañándonos á á nosotros mismos? Dímelo tú, respóndeme tú...

MANOLITA.

Quiero que vivamos como vivimos siempre; sólo esto. ¿Por qué me niegas esto? Si es lo honrado, es lo que debe ser, es lo bueno. ¿Verdad que es lo bueno, Claudio? Pues á vivir como vivimos antes.

CLAUDIO.

Antes fuímos felices; hice cuanto puede hacerse porque fuéseis felices todos. La felicidad ha huído de esta casa; es inútil que la llames, que le digas vuelve... huyó de esta casa... no vuelve. (*Pausa.*) Manolita, entre nosotros dos es inútil la mentira

Eres buena y sé que tu conciencia te dice lo que me dice la mía.

MANOLITA.

¡Claudio!

CLAUDIO.

Escúchala.

MANOLITA.

¡Calla!

CLAUDIO.

No calla, no calla... grita, grita. ¿Verdad que grita?

MANOLITA.

Claudio, cuánto te hice sufrir. Basta. No quiero que por mí sufras.

CLAUDIO.

Por ti no. Todos seríamos dichosos si él te hubiese hecho dichosa.

MANOLITA.

De él no me hables.

CLAUDIO.

Es que él...

MANOLITA.

No me hables.

CLAUDIO.

El, es mi hermano. Por serlo llegué yo hasta el sacrificio. ¿Sabes tú lo que entonces sufrí yo? Me alentaba, me defendía de mí mismo el verte feliz, verte contenta, veros contentos. ¡Todos, todos contentos en esta casa!... ¿Te acuerdas? Me parece que yo mismo, con mi dolor, estaba contento. ¡Qué grande el sacrificio... el sacrificio de mi silencio! Pude luchar, defender mis afectos, decirlos, ganar las voluntades, ganar los corazones, salir de aquí, dejar de ser el obrero, el hombre rudo, cambiarme en el amante, en hombre apasionado, en el que arrolla todo cuando quiere mucho, pude hacerlo seguro de hacerte mía, mía, quisieras ó no quisieras, porque estaba seguro de mí mismo, seguro de que esposa, habías de quererme como ahora me quieres. Y lo que entonces no hice, ¿cómo piensas tú que lo haga ahora?

MANOLITA.

No, Claudio, no. Yo no puedo pedirte otro sacrificio. ¿Qué quieres de mi vida? Yo también

sabré sacrificarme. Por ti, todo, todo. Lo que tú me ordenes, lo que tú digas. Tú eres el honrado, tú eres el bueno. Yo de ti lo acepto todo.

CLAUDIO.

¿Lo ves, criatura? Te entregas en mis brazos porque yo soy el honrado, yo soy el bueno.

MANOLITA.

¿Podría quererte si no lo fueras? Y si aun no siéndolo, yo te quisiera, ¿te lo diría?

CLAUDIO.

Así; así siempre, Manolita.

MANOLITA.

Así siempre, Claudio.

CLAUDIO.

¿Es mía tu voluntad?

MANOLITA.

Sólo tuya, siempre tuya.

CLAUDIO.

Pues concédeme una cosa.

MANOLITA.

¿Qué me pides?

CLAUDIO.

Olvido.

MANOLITA.

¡Ah!

CLAUDIO.

Escúchame; no llores... ¡Si tú supieras! ¡Aquí mismo lloré tanto!

MANOLITA.

Por mí.

CLAUDIO.

Por ti.

MANOLITA.

¿Por qué tú no me olvidaste?

CLAUDIO.

Ahora, ahora sí, ahora voy á olvidarte. ¿Verdad que vamos á olvidarnos?

MANOLITA.

¿Te irás? ¡Claudio!

CLAUDIO.

¿Podríamos vivir? ¿Sería posible? ¿Podrías tú afrontar sus recelos, sus sospechas?... Y si él un día, una vez te las dijese cara á cara, ¿podría yo callarme? ¿Podría yo mentirle? Ni tú, ni yo podemos mentir.

MANOLITA.

Sólo tú eres el fuerte; viniendo de ti lo acepto todo. El sacrificio no me importa, sólo me importa tu cariño, sólo quiero tu recuerdo.

CLAUDIO.

Olvida, olvida.

MANOLITA.

¿Ni el recuerdo me concedes?

CLAUDIO.

Basta el recuerdo para hacerte desgraciada.

MANOLITA.

Basta este momento para hacerme dichosa.

CLAUDIO.

¡Pues á ser dichosos! Adiós, Manolita.

MANOLITA.

Claudio... toda tu vida, tus padres, esta casa, la memoria de mi Nola.

CLAUDIO.

¡Nola, Nola!

MANOLITA.

¿Cómo has de olvidarme, si no puedes olvidarla? Van juntos los dos recuerdos en tu memoria.

CLAUDIO.

Calla, calla, me enloqueces.

MANOLITA.

Oirás su voz.

CLAUDIO.

~~Calla.~~

MANOLITA.

Y con ella la mía.

CLAUDIO.

~~Calla~~.

MANOLITA.

Su mirada se clavará en la tuya.

CLAUDIO.

Calla.

MANOLITA.

Será la mirada mía.

CLAUDIO.

Calla, calla.

MANOLITA.

Te seguirá en el mundo; por donde vayas.

CLAUDIO.

(Al mismo tiempo que ella, casi tapándole la boca.)

¡Calla, calla, calla!

(Se oye una campana. Pausa hasta que la campana cesa.)

MANOLITA.

La salida. Van á salir tus obreros.

CLAUDIO.

El fin de la jornada.

MANOLITA.

La última jornada.

(Comienzan á salir por la puerta de la fábrica y cruzan el patio grupos de obreros, de obreras y de niños.)

MANOLITA.

Escucha. (Claudio, *pegado á los cristales, mira á los obreros. En el fondo lejano, muy lejano, rompe un canto de obreras.*) ¡Claudio!

CLAUDIO.

¡Manolita!

(*Se abrazan estrechamente.*)

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS y NORBERTO.

(*Que entra precipitadamente.*)

NORBERTO.

¡Claudio! Hijo mío.

CLAUDIO.

(*Soltándose de los brazos de* Manolita.)

¡Padre! ¡~~Padre~~!

(*Retrocede hasta la puerta.*)

NORBERTO.

(*Recogiendo en sus brazos á* Manolita.)

Claudio; ahora sí. Vete.

MANOLITA.

(*En brazos de* Norberto.)

Claudio... siempre, siempre.

CLAUDIO. (*Desde la puerta.*)

¡Nunca!

(*Ya fuera, se oye su voz que repite:* ¡Nunca! (*Se pierde lejano el canto de las obreras.*)

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

HUELLA DE ALMAS.—Novela.

DE BUENA CEPA.—Novela corta.

DE MI RINCÓN.—Cuentos.

DOLOROSA.—Novela.

PRÓXIMA A PUBLICARSE

EL CALVARIO.—Novela